

H. F. French Del 1915.

A. N. Macdonald Sc

GRANDEZAS ESPAÑOLAS

SAN ISIDRO LABRADOR

EN LA

HISTORIA Y EN LA LITERATURA

POR

ZACARÍAS GARCÍA VILLADA, S. J.

MADRID

ADMINISTRACIÓN DE «RAZÓN Y FE»

PLAZA DE SANTO DOMINGO, 14.—APARTADO DE CORREOS 8.001

1922

NIHIL OBSTAT:

E. Ugarte de Ercilla, S. J.

Cens. eccles.

IMPRIMI POTEST:

Joannes Cañete, S. J.

Praep. Prov. Tolet.

IMPRIMATUR:

Prudentius, Episcop. Matr. Complut.

SAN ISIDRO LABRADOR EN LA HISTORIA Y EN LA LITERATURA

I

S U V I D A



EL día 12 de Marzo del año 1922 hizo tres siglos que fueron canonizados por el Papa Gregorio XV los Santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesús, Felipe Neri e Isidro Labrador. Este glorioso centenario nos ofrece ocasión de hablar de cada uno de ellos, sobre todo dándose la rara y excepcional coincidencia de que cuatro de estos Santos son españoles, en el sentido más genuino de la palabra, como que en todos ellos resplandeció la santidad, impregnada de ese no sé qué que forma el conjunto de nuestro carácter. Sin embargo, para no involucrar las cuestiones, hemos escogido nosotros por tema de este librito al humilde y sencillito labrador, patrono de la villa de Madrid.

Revolviendo los papeles impresos e inéditos,

hemos sacado en consecuencia que aun se puede añadir algo nuevo a lo ya conocido, y, sobre todo, que no será inútil revisar los materiales otra vez. Y esto con tanta más razón, cuanto que todo ello anda esparcido por archivos y por libros, escritos en un tiempo en que el pragmatismo histórico dominaba por completo.

Base esencial y fuente única escrita de la vida de Isidro es la biografía latina de Juan Diácono. Esta biografía se conserva en un manuscrito de fines del siglo XIII, el cual perteneció primero a la iglesia de San Andrés, de Madrid, y está ahora en poder del Cabildo catedral, guardado como rica joya en el arca de tres llaves, que tienen otros tantos capitulares.

Del manuscrito hablan los Bolandos y otros varios autores; pero el que lo estudió más a fondo fué el P. Fita, el año 1886, publicándolo íntegro y con facsímiles en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1). Son tres pliegos en pergamino, de 30 X 20 centímetros, escritos en letra francogótica de fines del siglo XIII. Como Juan Diácono hace referencia en el manuscrito a sucesos acaecidos el año 1271, se puede razonablemente pensar que el códice que hoy posee el Cabildo de Madrid es el original.

(1) Tomo IX, páginas 102-152.

Se ha supuesto que a Juan Diácono hay que identificarlo con el famoso *Johannes Aegidius Zamorensis*, llamado comúnmente Gil de Zamora, célebre escritor, maestro de Sancho IV, *el Bravo*.

El P. Fita lo cree cierto (1), y habiendo examinado detenidamente la cuestión, nos inclinamos también nosotros a lo mismo. Desde luego, coinciden los nombres, puesto que el autor de la biografía de San Isidro se llama Juan, como el Zamorano. Ambos vivieron en la última mitad del siglo XIII, y nuestro autor habla de Alfonso *el Sabio* como de un contemporáneo suyo. Juan Gil de Zamora era franciscano, y resulta que el diácono Juan de la vida del Labrador madrileño conocía perfectamente la Orden franciscana, y hace referencia varias veces a algunos miembros de ella en el relato de los milagros. A propósito de una lluvia milagrosa alcanzada por intercesión del Santo, narra la aparición de éste a un fraile de la Orden de los Menores, al que dice que *hay que creer totalmente*. Algo más abajo menciona una cofradía compuesta de clérigos y hermanos de la Orden de Menores y la casa de éstos. Finalmente, sabemos que Gil de Zamora compuso varias obras parecidas a la presente, sobresaliendo entre todas la que escribió acerca de la invención y traslación del cuerpo de San Il-

(1) *Ibidem*, pág. 102.

defonso (1). Tanto esta narración como la de San Isidro, tienen el mismo corte. En ambas se cuenta sumariamente la vida de los respectivos Santos y una porción de milagros muy semejantes obrados por su intercesión. Hasta el estilo y el lenguaje revelan a veces que ambas obras han salido de la misma pluma. Podemos, pues, concluir con bastante probabilidad, por no decir con certeza, que el Juan Diácono de la vida de San Isidro no es otro que Gil de Zamora.

Otra hipótesis podría hacerse, y es que la obra fuera de Rodrigo de Cerrato, fraile dominico que floreció en la segunda mitad del siglo XIII y se entretuvo también en compendiar vidas de Santos; pero creemos que la primera conjetura es la que tiene más visos de probabilidad.

Examinemos ahora la veracidad del relato. Los Bolandos, o, mejor dicho, el eminente crítico P. Papbroch, que estudió el texto en el tercer tomo de Mayo de las *Actas de los Santos* (2), dice: «El autor vivió hacia 1232 y 1275, y narra hechos de los que fué él testigo ocular, o que oyó a los que los presenciaron. El estilo es sencillo, cándido, puro, reflejo fiel de la verdad. La serie de cosas por él con-

(1) La publicó el P. Fita en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo VI, 1884, pág. 60.

(2) *Acta Sanctorum*, Mayo, tomo 3. París-Roma, 1866, pág. 512.

tadas responde admirablemente a antiquísimas tradiciones de la villa de Madrid, a testimonios de otros escritores, y está en armonía con las inscripciones e imágenes antiguas en que se representan las hazañas y milagros de este varón santo.» El P. Fita, algo más circunspecto en su juicio, califica la obra de Juan Diácono de pía leyenda. No que rechace en conjunto el escrito, como mera fantasía, sino que cree que es uno de esos textos hagiográficos medievales en que hay un fondo de verdad, aumentado por la transmisión oral y coloreado por el autor.

Según la tradición, Isidro vivió en la última mitad del siglo xi y en la primera del xii. Ahora bien: Juan Diácono debió de escribir su relación, a juzgar por la letra del manuscrito de la Catedral, en el último tercio del xiii, o sea siglo y medio después de muerto el insigne Labrador. Sabemos que en aquel entonces se conservaba todavía fresca su memoria en Madrid. Quizás existiera una relación escrita de su prodigiosa vida; pero aun sin esto, la tradición oral pudo conservar, si no del todo incontaminadas, por lo menos bastante puras, las noticias de los que le conocieron. No cabe, pues, duda que la narración de Juan Diácono tiene un valor incontrastable en el fondo, aunque en los pormenores y en algunos rasgos sea legendaria.

La biografía está escrita en latín, pero ha sido

traducida al romance varias veces por eminentes hablistas, entre los que se cuenta D. Juan Hurtado de Mendoza, que publicó su versión en 1560. En la Biblioteca Nacional de Madrid existe otra, hecha por Sebastián de Faria (1), portugués que vino a España con la emperatriz de Portugal, sirviendo en su cámara el año 1526. Aquí mismo se halla dibujada la divisa y trasladado el epitafio que compuso en 1543 para el sepulcro del Santo el dicho D. Juan Hurtado de Mendoza, llamado *el Filósofo*. En 1592 dió a luz otra traducción Alonso de Villegas. También la recoge en castellano el P. Bleda en su *Vida y milagros del glorioso San Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la villa de Madrid* (2).

La obra de este insigne dominico hay que tenerla en cuenta. El fondo lo constituye la narración de Juan Diácono. Desgraciadamente, la ampulosa amplificación de sus párrafos, con disertaciones bí-

(1) *Manuscrito 6149*, antiguo R.-5.

(2) Su título completo es: *Vida y milagros del glorioso San Isidro el Labrador, hijo, abogado y patrón de la Real Villa de Madrid*, por JUAN DIÁCONO, Arcediano de la misma Villa, por el PADRE FRAY JAYME BLEDA, Predicador General de la Orden de Predicadores, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición de Valencia. En dos libros. Dirigidos a la noble, coronada y leal Villa de Madrid. Va al fin un tratado de la vida y milagros de la sierva de Dios María de la Cabeça, única mujer del Santo.—Con privilegio. En Madrid. Por Tomás Iunti, Impresor del Rey nuestro Señor.—Año MDCXXII.

blicas y paralelismos inútiles, le quitan todo el encanto que en sí encierra. Sin embargo, Bleda es el historiador de San Isidro que más a fondo ha tratado el asunto, y en el que han bebido casi todos los que han venido después. Tiene además otro mérito su obra, y es el que, por haber sido impresa en 1622, es un documento de excepcional importancia para conocer los pasos que se dieron para la beatificación y canonización de San Isidro.

Después de este biógrafo hay que mencionar a Quintana, que le dedica unos capítulos en sus *Grandezas de Madrid* (1); al Mínimo Fray Nicolás José de la Cruz (2), que escribió una vida del Santo sin crítica ninguna, y a D. Gerardo Mullé de la Cerda (3), que dió a luz en 1891 un breve resumen de los acontecimientos del Santo. Otros aduce el P. Bleda, y su lista se podría aumentar, pero lo juzgamos innecesario. Después de haber leído a todos ellos, creemos que nada puede suplir la sencilla narración de los primeros párrafos de Juan Diácono, donde cuenta la vida del labrador madri-

(1) En Madrid, el año MDCXXIX.

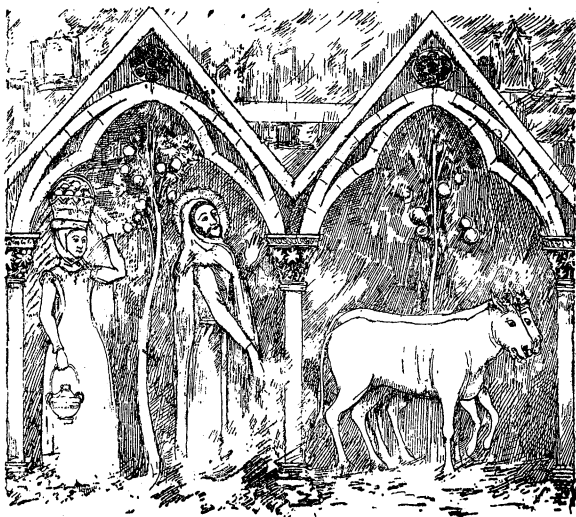
(2) *Corona de cortesanos y lauro de labradores, o espejo de labradores y ejemplar de cortesanos*. Madrid, 1741. Se imprimió en Vitoria en 1899, con el título *Vida de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, adjunta la de su esposa Santa María de la Cabeza*. Vitoria.

(3) *Vida de San Isidro Labrador, patrón de la Corte y Villa de Madrid*. Madrid, 1891

leño hasta su preciosa muerte. Helos aquí traducidos al castellano.

1. «En Madrid, la memoria del bienaventurado Isidro, gloriosísimo confesor de Jesucristo, nuestro Señor, el cual siendo un simple labrador, fué amante de Dios, cariñoso con los hombres y estudioso e imitador muy diligente de las Sagradas Escrituras; anteponiendo no lo temporal a lo espiritual, sino lo espiritual a lo temporal; porque cada día, según lo hemos sabido por relación de hombres buenos, muy de mañana, dejando la labor del campo, visitaba muchas iglesias y rezaba en ellas, empleando además gran parte en la oración. Entretanto, trabajaban denodadamente sus vecinos en las labores; Isidro iba el último, pero a pesar de esto, por un favor especial de Dios, hacía al fin de la jornada más faena que los otros; acordándose de lo que dice el Apóstol: «Trabajad con vuestras manos, para que podáis socorrer las necesidades de los pobres» (*Eféseos*, iv, 28), y del otro consejo: «Tened siempre entre manos algún trabajo, para que el demonio os coja ocupados.» (*San Jerónimo*, ep. 125, *ad Rusticum*.)

Abrasábase su alma en tanta caridad y amor de Dios y de sus prójimos, que no sólo daba de comer a los hombres (aunque no era rico); mas careciendo de todo, como si todo lo poseyera (*2 Cor.*, vi, 10), proveía de sustento a las aves del cielo, compade-



SANTA MARÍA DE LA CABEZA LLEVA LA COMIDA
A SAN ISIDRO, QUE ESTÁ ARANDO. - DETALLE DEL
ARCA ANTIGUA

ciéndose del hambre y frío que padecían. Y así acaeció un día en el invierno, que estando la tierra cubierta de nieve, fué con un mozo a moler un poco de trigo al molino; y viendo posada en los árboles una banda de palomas, pareciéndole que estaban hambrientas, movido de misericordia, limpió la tierra con manos y pies, y les echó en abundancia parte del trigo que tenía preparado para su necesidad. Viendo esto su compañero, se enojó e hizo burla de él, teniendo por bobería echar a mal tanto trigo. Pero, llegados al molino, no se halló merma ninguna en el saco; antes bien, creció tanto la harina, que los sacos de ambos, que estaban sólo hasta la mitad de trigo, se llenaron de harina hasta arriba.

2. No se debe pasar en silencio el segundo y principal prodigio, que obró la divina Providencia por medio del varón de Dios, Isidro. Aplicándose a sí aquella sentencia que se intimó a nuestro primer padre Adán: «Con el trabajo de tus manos y el sudor de tu frente comerás el pan» (*Gén.*, III, 19), quiso comer su pan con el trabajo de sus manos; y así se puso a servir a un labrador de Madrid, ajustándose por todo el año. Fuése a vivir con su mujer a una casa del amo que estaba en el campo, aunque próxima a la villa. Allí trabajaba concienzudamente, dando a Dios lo que era de Dios, y pagando a los prójimos lo que les debía. Pero sucedió que algunos labradores de los campos vecinos, viéndo-

le ir tarde a trabajar, dijeron a su amo: «Venerando señor, nosotros, como conocidos y súbditos vuestros, no podemos callar lo que vemos que cede en vuestro daño. Sabed que aquel señor Isidro, a quien pagáis anualmente una soldada para que os cultive los campos, dejando el trabajo propio del labrador, se levanta al amanecer, y va en peregrinación por todas las iglesias de Madrid, deteniéndose a rezar en ellas. Y, como empieza tarde la labor, no hace ni la mitad de lo que debía hacer. Por lo tanto, de ahora en adelante no podréis quejaros contra nosotros de que no os hemos avisado lo que pasaba y lo que os conviene.»

Oído esto, turbóse el amo; y al día siguiente fué a ver lo que le habían dicho, y hallando que era verdad, se enfadó, y dirigiéndose al bienaventurado varón, tratóle mal de palabra; pero Isidro le respondió con modestia: «¡Venerando y querido señor, a quien sirvo! Os declaro ingenuamente que ni puedo ni quiero apartarme en manera alguna del Rey de los reyes y de los santos, ni de su servicio. Y si teméis que por venir yo tarde al trabajo se ha de disminuir vuestra cosecha, yo os resarciré las pérdidas de lo mío a juicio de los vecinos. Dejadme, pues, emplearme en el servicio de Dios, ya que no redunda en vuestro daño ni en perjuicio de vuestra hacienda.» Oídas estas razones, el buen amo, aunque no del todo convencido, volvió tranquilo a su

casa; e Isidro que había construído su edificio sobre la roca viva (*Mat.* vii, 24), sin inmutarse por las amenazas y cuidados, no desistió de su buena costumbre de visitar las iglesias, teniendo ante la vista aquellas palabras: «Buscad primero el reino de Dios, y no os faltará lo necesario» (*Mat.* vi, 33).

Pero su amo, queriendo enterarse por sí mismo de lo que pasaba, se puso en acecho. Levantóse un día muy de mañana, y cogiendo secretamente el camino de su heredad, se escondió cerca del campo donde Isidro había de trabajar; y viéndole venir muy tarde de su peregrinación, tuvo por demasiada su negligencia en ponerse a arar; y colérico, se fué a su encuentro, dispuesto a reprenderle acremente. Yendo el dicho caballero con mucha ira contra el siervo de Dios, dispuso la divina potencia que viese además de su yunta, otras dos de color blanco que araban junto con la de Isidro. Quedó admirado, no sabiendo cómo fuese aquello; pero recapacitando que el varón de Dios no tenía quién le ayudase, no dudó que la ayuda era del cielo. Acercóse gozoso a ver aquello, y habiendo tornado los ojos a un montecillo, cuando los volvió hacia su campo, sólo vió al siervo de Dios. Atónito ante este prodigio, interrogó modestamente a Isidro: «Te ruego, carísimo, por el Dios a quien tú sirves tan fielmente, que me digas quiénes eran los que poco ha te ayudaban a arar; pues los he visto con mis ojos,

y han desaparecido ya de mi presencia.» A lo que contestó el varón justo, sabedor de lo que pasaba: «Os aseguro ante Dios, a quien sirvo como buena-mente puedo, que no he llamado ni visto a nadie, para que me ayude en mi labor, sino a sólo Dios, a quien invoco constantemente y tengo siempre en mi amparo.» Quedó convencido el amo que la ayuda era del cielo, y al marchar le dijo: «Cuanto de ti me han dicho los aduladores y murmuradores lo desprecio, y de ahora en adelante quiero que todo lo que poseo en esta alquería esté bajo tu mando, y dejo a tu arbitrio lo que se ha de hacer»; y despidiéndose de él, se volvió a su casa, contando lo sucedido a cuantos encontraba. Y este milagro lo recuerdan aún hoy día muchos.

3. Aconteció asimismo un día de fiesta en tiempo de verano que, habiendo entrado como de costumbre a rezar en la iglesia de Santa María Magdalena, dejó el borriquillo a la puerta. En esto entran en la iglesia unos muchachos y le dicen: «Levántese corriendo, padre Isidro, que viene un lobo a comer a su burro.» El santo varón les respondió: «Hijos, id en paz. Hágase la voluntad de Dios.» Acabada la oración, salió tranquilo y halló al lobo muerto, y junto a él ileso a su jumento. Ante esta maravilla penetró de nuevo en la iglesia para dar gracias a Dios, pues su misericordia salva a los hombres y a los jumentos. (*Salmo xxxv*, 7.)

4. Tenía el varón justo muy presente el dicho de Tobías a su hijo: «Si tuvieres mucho, da en abundancia; si poco, préciate de dar de buena gana algo de eso poco» (*Tob.* iv, 9). Así que era muy limosnero. Por donde acaeció un sábado que habiendo distribuido a los pobres todo lo que había en la cocina, llegó un pordiosero pidiendo le diese algo; y no teniendo a la mano otra cosa, compadecido, dijo a su esposa: «Te ruego, querida esposa, que des a este pobre lo que haya sobrado del puchero.» Ella, que estaba bien segura que no había sobrado nada, por darle contento, fué a la cocina para traer la olla vacía. Mas el piadosísimo Dios, queriendo satisfacer los deseos de su siervo, hizo que se hallase la misma olla llena de comida. Al principio se quedó la mujer parada, pero reconociendo el milagro, dió de comer a los pobres, llena de alegría y reconocimiento. No osó declarar esto a su marido, porque sabía muy bien cuán enemigo era de la vanagloria. Mas, como a los que arden en el amor de Dios no se les puede cerrar la boca, al fin lo dijo a sus vecinos y a otras personas competentes. Y nosotros lo consignamos como nos lo narraron testigos fidedignos.

5. Isidro fué, según costumbre, hermano de una cofradía. Acostumbran los cofrades a reunirse a comer juntos un día prefijado. Llegado éste, se juntaron los hermanos; pero Isidro, como antes tenía

que visitar las iglesias, llegó cuando ya se había terminado la comida. A la puerta del recinto encontró unos pobres que esperaban las sobras y los introdujo consigo. Al ver esto, algunos de los cofrades le dijeron: «Pero, varón de Dios, ¿a qué traes contigo esos pobres, si no hemos dejado más que tu ración?» A lo que replicó Isidro con paciencia: «Repartiremos lo que haya entre todos.» Entonces los que servían a la mesa fueron por la olla, a traerle la parte que se le había guardado, y la hallaron llena de carne. Espantados ante tal prodigio, llamaron, para publicarlo en su tiempo oportuno, y sirvieron alegres a Isidro y a los que él había introducido; y aun sobró para repartir a otros pobres, cumpliéndose la profecía: «A los que buscan a Dios, no les faltará ningún bien» (*Salmo xxxiii*, 11). Acabada la comida, levantó el varón de Dios las manos al cielo, bendiciendo su santo nombre, rogó por los bienhechores, y despidiéndose de los presentes, se fué a la iglesia de Santa María Magdalena a dar gracias a Dios, cuya largueza había experimentado tan palpablemente en sus necesidades. Todos los que se hallaron en aquella casa, tanto los cofrades como los demás servidores, al saber el milagro, compungidos y alabando al Señor, creyeron que Isidro era verdadero siervo de Dios. Certificados, pues, del prodigio, lo publicaron por los campos y la villa, a los hombres y a las mujeres, para

que todos bendijesen a Dios, que levanta del polvo al necesitado, y de la bajeza sublima al pobre, para que se siente al lado de los príncipes y tenga solio de gloria (I *Reg.* II, 8); lo cual experimentamos con este siervo de Dios, con quien pasó no sólo espiritual, sino también corporalmente. Su glorioso cuerpo descansa colocado en la iglesia de San Andrés, entre los gloriosos príncipes de los Apóstoles, en un sepulcro hermoso; y en el cielo está premiado con una silla de gloria perpetua en compañía de los santos.

6. Este excelente varón, de intachables costumbres, que tuvo su legítima mujer y un hijo, y rigió convenientemente su casa, viviendo loablemente, mereció alcanzar una muerte más loable aún. Habiendo llegado el tiempo en que Nuestro Señor Jesucristo, justo juez, determinó misericordiosamente premiar sus continuos trabajos, cayó enfermo en la cama, y como conociese que se le acercaba el último día de su vida, recibido el viático y hecho testamento de su pobre hacienda, dirigió una hermosa exhortación a los de su familia, y luego, hiriendo su pecho, recogiendo sus manos y cerrando sus ojos, se entregó enteramente a su Redentor, a quien siempre había servido, y exhaló su espíritu, yendo a recibir el galardón sempiterno. Cuadra a este bendito santo lo que en la Sabiduría se dice del varón justo con esta excelente alabanza: «Al justo

guió el Señor por caminos derechos, y le mostró el reino de Dios: dióle la ciencia de los santos, honróle en sus trabajos y se los completó» (x, 10). Fué sepultado en el cementerio de San Andrés apóstol, cuya iglesia visitaba el Santo la última, antes de partir al trabajo. Allí estuvo su cuerpo mucho tiempo, esto es cuarenta años, sin que ningún hombre lo visitara. Y estuvo tan olvidado, que en tiempo de lluvias un arroyuelo que pasaba por allí entró en el interior de la sepultura. Pero el Dios misericordioso, que cuida de sus escogidos de día y de noche, diciendo en su evangelio: «no perecerá un cabello de vuestra cabeza» (*Luc. xxi, 18*), no consintió que pereciese ni un cabello ni un miembro de su fiel servidor.»

Hasta aquí llega propiamente la vida del Santo, escrita por Juan Diácono, contada con una sencillez encantadora. En el párrafo siguiente narra cómo a los cuarenta años de su muerte se apareció Isidro a un morador de la iglesia de San Andrés, mandándole hiciese trasladar su cuerpo del cementerio a dicha iglesia. No habiendo éste hecho caso de la visión, cayó enfermo y no sanó hasta el día en que se efectuó la traslación. Isidro se apareció de nuevo a una pía matrona, indicándole lo mismo. Cumplió la mujer fielmente el encargo, exponiendo al pueblo los deseos del Santo; y por fin se exhumó el cuerpo, hallándole entero, y se le colocó en la

mencionada iglesia de San Andrés, en un mausoleo nuevo, junto al altar de los bienaventurados apóstoles.

A continuación recoge Juan Diácono algunos milagros obrados por el santo después de su muerte, dando vista a varios ciegos, salud a otros enfermos y agua abundante a los campos en tiempo de sequía. En su mayoría acaecieron éstos en tiempo de Fernando III el Santo y su hijo Alfonso el Sabio. Juan Diácono los cuenta con minuciosidad, consiguiendo muchas veces los nombres de los que recibieron el beneficio, y haciendo protestas de que se lo oyó a personas fidedignas o a testigos oculares. El año 1266 cayó enfermo de los ojos un presbítero madrileño, llamado Domingo Domínguez, hermano de la cofradía de San Isidro. Llegado el día en que los cofrades debían reunirse para celebrar juntos la comida anual, sucedió que el dicho Domingo era a quien tocaba prepararla. Fuése a avisar a sus hermanos de que estaba imposibilitado de hacerlo por la enfermedad de los ojos. Hallólos a la puerta de la iglesia de San Andrés, díjoles lo que le pasaba, y con esto penetró en el templo. Llegado junto a la tumba de Isidro, empezó a tocar con su cara el sepulcro de piedra, donde descansaba el santo cuerpo. Y añade Juan Diácono textualmente: «Según nos contó después el mencionado presbítero, sintió repentinamente un alivio tan suave desde los pies

a la cabeza, que conoció que la clemencia de Dios le era propicia. Entonces, animoso, se puso en pie, y abriendo la caja de madera, cogió un pedazo que estaba cortado del sudario del varón de Dios y se lo aplicó a los ojos. Sanó repentinamente, y lleno de alegría por el milagro, corrió en busca de los cofrades, que ya se habían marchado, a participarles el prodigio. Encontrólos en la casa de los hermanos Menores, dispuestos a empezar la comida. Al verle los hermanos completamente sano, se regocijaron sobremanera, y sentados todos a la mesa, oyeron de sus labios lo sucedido, dando gracias al Rey de la gloria.»

Es indudable que la sencillez de esta narración produce una impresión favorable. Dificilmente se concibe que un historiador, por cínico que fuera, inventara un milagro tan singular, con la agravante de testificar que se lo había oído al mismo que había recibido la gracia. El propio Juan Diácono se queja de que por incuria se han dejado de escribir muchas cosas maravillosas del labrador madrileño, lo cual indica que procuró enterarse, antes de escribir su biografía. Creemos, por tanto, no andar descaminados, si decimos que este documento, aunque mezclado con datos legendarios, tiene un fondo grande de verdad.

Pero es claro que la sobriedad del diácono Juan no podía llenar las ansias de los devotos de Isidro;

y como éste fué un santo tan popular, nada tiene de extraño que la tradición y la piedad, juntas con la fantasía, añadieran nuevas noticias de su vida. En este campo sí que es difícil averiguar lo que hay de cierto y lo que hay de legendario. En los siglos xvii y xviii se sostuvo que el pastor que dirigió en las Navas de Tolosa a Alfonso VIII y sus huestes por aquel camino desconocido (gracias a lo cual consiguieron la victoria) fué San Isidro; pero no hay testimonio fidedigno que lo abone, y se desecha la hipótesis comúnmente (1). Otro tanto hay que decir de la calumnia que se supone haber sido levantada contra su esposa, Santa María de la Cabeza, la cual, para probar su inocencia, pasó a pie enjuto sobre las aguas del Jarama.

Según la tradición, Isidro vivió en Madrid, en una casita que está hoy enclavada y convertida en capilla dentro del palacio del marqués de Peña-fuente, junto a la parroquia de San Andrés. También se cree que residió en Torrelaguna y Cara-

(1) El primero que la impugnó fué el marqués de Mondéjar en el capítulo cxi de sus *Memorias del Rey D. Alfonso VIII*. La defendió en 1789 el canónigo D. Manuel Rosell, en una *Disertación histórica sobre la aparición de San Isidro... a todo el ejército cristiano antes de la famosa batalla de las Navas de Tolosa*. A éste contestó Pellicer el año 1701, en un *Discurso sobre varias antigüedades de Madrid...*, volviendo a replicarle Rosell en una *Apología en defensa de la aparición de San Isidro en la batalla de las Navas de Tolosa*, desprovista de valor y fundamento.

quiz. Se señalan varios pozos hechos por el santo, y se asegura que habiéndose ahogado en uno de ellos su hijo, resucitó por las oraciones de sus virtuosos padres.

Aquilatar lo que en todo esto haya de verdad es imposible por falta de documentos. No cabe la menor duda de que Isidro fué un hombre excepcional, cuya vida permaneció fresca en la memoria de las generaciones sucesivas; y de su extraordinaria santidad y prodigiosa protección son buena prueba la conservación de su cuerpo, la devoción de los fieles en todo tiempo, a pesar de su origen humilde, los monumentos que se le han levantado y sus numerosos milagros.

LA INCORRUPCIÓN DE SU CUERPO



Uno de los favores más singulares obrados por Dios con San Isidro es la incorrupción de su cuerpo. Cuando se le exhumó, a los cuarenta años de haber sido enterrado en el cementerio de San Andrés, dice Juan Diácono que se le encontró íntegro e ileso, e igualmente las ropas con que estaba cubierto. No tenemos noticia de ningún otro reconocimiento del cuerpo hasta el siglo xv. En 4 de Mayo de 1421 da testimonio de haber sido abierta la caja D. Juan Alvarez, y en 27 de Abril de 1426, D. Martín Sánchez, ambos Presbíteros. Sus relaciones auténticas están escritas en los últimos folios de la vida original del Santo por Juan Diácono, que habían quedado en blanco. Sucediéronse de aquí en adelante las visitas al santo cuerpo y la apertura de su sepulcro con alguna frecuencia.

En una *Relación de la fábrica de la capilla de San Isidro Labrador de Madrid*, redactada en el

siglo xviii, y conservada actualmente en el Archivo de la parroquia de San Andrés, se mencionan varias: la de 1421, otra efectuada en 1504 por el bachiller D. Juan de Centenera, Arcipreste de Maqueda, canónigo de Vich, por comisión del Cardenal Cisneros. Dice que halló el cuerpo del Santo «envuelto en un paño como de tafetán blanco e cubierto con una como colcha de colores, en lo cual está el dicho cuerpo santo entero, en hueso y carne, salvo el brazo derecho despegado del cuerpo, que dicen que le hizo despegar la reina Doña Juana. Es de grande estatura» (1).

Otros reconocimientos tuvieron lugar en los años de 1567, 1593, 1595, 1613, 1619, 1721, 1751, 1788, 1832, 1847 y 1896. Quizás ha habido alguno más; pero juzgamos inútil aquilatar hasta en sus últimos ápices este punto. En los libros de visitas de la parroquia de San Andrés, que se remontan al siglo xiv, y en los documentos del Archivo del Ayuntamiento de Madrid, puede el que lo desee satisfacer su curiosidad. Ahora vamos a dar la relación auténtica del reconocimiento del cuerpo, hecho en 1593 por los comisionados para promover la canonización del patrono de Madrid. Reproducimos de los procesos guardados en la Catedral de la corte el testimonio del dominico P. Alderete, Prior

(1) Biblioteca Nacional. *Manuscrito 6.149*, folio 146 r.

entonces del convento de Santo Tomás, de la misma villa, el cual, además de la autoridad que en sí encierra contiene preciosos datos sobre la artística arca en que estaban guardados los restos del bienaventurado Isidro, y sobre otras pinturas, de las que hemos de hablar más abajo. Dice así:

«El primer testigo fué el P. Fray Diego Alderete, Prior del convento de Santo Tomás, de esta villa, el cual, el 2 de Agosto de 1593, con juramento, testifica (1): «Que se halló presente con las demás personas que en el dicho pedimiento se declaran, en la iglesia de Sr. Sant Andrés, de esta villa, y vió y asistió al abrir el sepulcro donde está el cuerpo de Sant Isidro, el cual estaba en una caja fuerte, guarnecida por de fuera en cuero colorado, y en esta arca vió que estaban dentro della un castillo pintado y una cruz, y esta caja tenía, a su parecer, cuatro cerraduras, cerradas con sus llaves, y muy fuertes; de suerte que para abrirla fué menester un oficial que lo descerrajase, como lo descerrajó. Y en esta dicha caja vió que estaba un cuerpo entero de hombre, de grande estatura, el cual está muy decentemente puesto, y envuelto en una como sábana de tafetán blanco y una almohada debajo

(1) Archivo Catedral de Madrid.— *Procesos de San Isidro*, tomo I, folio 2. Notamos de una vez para siempre que en la reproducción de los documentos modernizamos la ortografía para facilidad de los lectores, y suprimimos alguna palabra redundante.

de la cabeza, del mismo tafetán, llena de estopas, sin que la dicha sábana y almohada tuviese corrupción alguna; y el cuerpo estaba entero, y las manos y brazos cruzados sobre el vientre, y todo el cuerpo, excepto brazos y piernas, y pies y manos y cabeza, estaba con su cuero natural, aunque seco. Y al parecer de este testigo, las cuerdas que bajan desde detrás de la oreja hasta el hombro estaban de manera que parecían de hombre que había poco tiempo que estaba muerto, porque no estaban comidas: y en todos los pechos vió que tenía su pellejo y cuero natural sin estar corrompido, salvo que estaba seco. Y se acuerda y vió y notó este testigo que aunque el cuero de la cabeza estaba gastado, pero las cuencas de los ojos no estaban vacías, como suelen estar las calaveras de otros difuntos...; y notó que en la sien izquierda tenía otro poco de carne que no se había comido; pero todos los miembros de pies y piernas, manos y brazos los tenía enteros, sin que le faltase hueso ninguno, salvo que, como tiene dicho, en estos miembros de pies y manos y brazos le parece que no tenía cuero. Y vió que estaba dentro de una bolsita un hueso que, al parecer de los que allí se hallaron y de este testigo, era de un dedo pulgar de un pie; y entonces este testigo oyó decir a alguno de los que allí estaban que algunos años ha que una dama de la reina, mostrándosele el cuerpo santo, había hurtado el

dicho hueso o artejo del dedo pulgar, y que llevándole ocultamente, yendo a pasar el río para salir fuera de esta villa, con ser el río de muy poca agua y que por cualquier parte se vadea, las mulas que llevaban la litera en que iba la dama no habían podido pasar; y que, visto esto, la dicha dama había restituído el hueso, el cual decían ser el que estaba dentro en la bolsilla, que estaba atada en un brazo. Y la dicha caja donde estaba el cuerpo estaba metida en otra arca grande y fuerte, con tres o cuatro cerraduras, y toda ella pintada por de fuera de pintura muy antigua de la vida y milagros que del dicho Santo se cuentan...; y dentro de la dicha caja interior vió este testigo que estaba al lado izquierdo un palo basto, que, a su parecer, es de roble o acebo, el cual decían que servia al Santo de aguijada cuando iba arando con los bueyes; y el dicho palo vió que estaba por algunas partes cortada la corteza, lo cual decían todos públicamente que algunas personas devotas lo habían sacado por reliquias. Y demás de lo sobredicho, en diversas partes de la iglesia de Sant Andrés, como es encima de su primera sepultura, donde es público y notorio que estuvo enterrado cuarenta años, está puesta la historia de dicho Santo y en otras muchas partes de la dicha iglesia de Sant Andrés, y encima de la puerta principal de ella. Y asimismo es pública voz y fama, y que nadie lo duda ni niega en

cuanto a este testigo alcanza, que al cabo de los cuarenta años que el cuerpo del Santo estuvo en su primera sepultura, estaba entonces en el cementerio, y en parte donde caía el agua y tempestades del cielo; y que con haber estado todo el dicho tiempo no se corrompió, sino que fué hallado entero e incorrupto; y esto es lo que sabe y la verdad para el juramento que hizo. Declaró ser de edad de sesenta y siete años, poco más o menos, y firmólo de su nombre, *Fray Diego Alderete.*»

En 1788 se descubrió el santo cuerpo con ocasión de la última enfermedad de Carlos III, y del estado de su conservación hizo un relato D. Manuel Rosel, canónigo de San Isidro, en Madrid (1). De nuevo volvió a abrirse la caja el 4 de Marzo de 1847, como lo consigna Mesonero Romanos, que lo presentó (2). Finalmente, la última vez que tuvo lugar esta ceremonia fué el 4 de Mayo de 1896, con motivo de las rogativas que se hicieron en Madrid para impetrar del cielo el término feliz de la guerra de Cuba, y agua para que no se perdieran las cosechas. Las Actas Capitulares del Cabildo de Madrid sólo dicen que, abierta la urna, «apareció el cuer-

(1) *Disertación histórica sobre la aparición de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, a los Reyes de Castilla, Aragón y Navarra y a todo el ejército cristiano antes de la famosa batalla de las Navas de Tolosa.*—Madrid, 1789, pág. 279.

(2) *El Antiguo Madrid.*—Madrid, 1861, pág. 55, nota.

po del Santo cubierto con un paño de seda y oro y envuelto en sudario de finísima tela de hilo y encajes, y estaban intactos los sagrados restos y sudarios en que fueron envueltos en 1847». Estos paños, según el Sr. Mullé de la Cerda, fueron regalados en el citado año por la reina Doña María Cristina, y los que envolvían el cuerpo de San Isidro anteriormente, donados en 1751 por Don Fernando VI y Doña Bárbara de Braganza, se conservan en la capilla de la infanta Doña Isabel.

Más circunstanciada que la relación de las Actas del Cabildo es la que hizo *La Ilustración Española y Americana* del 22 de Mayo de 1896. Como se refiere al último reconocimiento de los restos venerandos, queremos consignarla aquí:

«Consérvase el cuerpo perfectamente momificado, excepto la frente, parte del cráneo y el maxilar inferior, que presentan el hueso al descubierto. También han desaparecido la parte cartilaginosa de la nariz, el pelo, las orejas y las últimas articulaciones de algunas falanges de los pies y de las manos. Sólo conserva un diente en la mandíbula inferior. Tiene cerrados los párpados, y es circunstancia notable la de conservar los ojos sin haberse secado.

»El cuerpo está en posición supina, desnudo, cruzados los brazos sobre el pecho y dobladas hacia adentro las manos, de manera algo violenta; una

ligadura de seda descolorida abarca los brazos en su punto de enlace.

»La cavidad torácica tiene gran desarrollo, y aparece perfectamente cubierta de carne momificada, así como también los brazos, las piernas y los pies. El cuello es alto, grueso, y en él se marcan perfectamente los tendones.

»Sobre el ceñidor de que nos hablan los cronistas se ha puesto ahora una mantilla de tisú azul, bordada en oro, con las armas de la villa.

»Mide el cuerpo de San Isidro, en la actitud en que hoy se encuentra, 1,75 metros de longitud, lo cual indica que el Santo Labrador debía de ser de estatura gigantesca, si se tiene en cuenta la contracción natural de la columna vertebral y de todos los cartílagos articulares.»

Tenemos entendido que recurriendo este año las fiestas del tercer centenario del Santo, se volverá a abrir la urna y a exponer su cuerpo a la veneración de los fieles. Entonces habrá ocasión de examinar el estado de su conservación convenientemente.

III

PRIMITIVOS SEPULCROS Y ANTIGUAS PINTURAS DEL SANTO



A primera sepultura donde reposaron los restos de Isidro estaba, como dice Juan Diácono, en el cementerio de San Andrés. De allí se trasladaron, a los cuarenta años, según testimonio del mismo biógrafo, a un mausoleo nuevo, construido dentro de la iglesia del dicho Santo, junto a los altares de los bienaventurados Apóstoles. A principios del siglo xvi, queriendo la familia de los Vargas hacer una fundación digna del Santo Labrador, con varios capellanes, consiguió que su cuerpo fuera trasladado a la llamada Capilla del Obispo, empezada en 1508 por D. Francisco de Vargas, y terminada por su hijo D. Gu-tierre, Obispo de Plasencia. Estuvo aquí unos veinticinco años, al cabo de los cuales fué de nuevo colocado en el sepulcro de la iglesia de San Andrés, situado en el altar mayor al lado del Evangelio.

Es de notar que, según una noticia del archivo

municipal madrileño, los Reyes Católicos hicieron alargar la iglesia de San Andrés hasta incorporar en ella el sitio del cementerio en que había sido enterrado Isidro por primera vez (1).

Hoy ha desaparecido la iglesia primitiva de San Andrés, subsistiendo sólo sobre el coro una bóveda de crucería ojival, restos de la transformación que sufrió a principios del siglo xvi. En el mes de Noviembre de 1656, según la *Relación de la fábrica de la Capilla de San Isidro* antes citada, se hundió parte de la iglesia. Entonces hubo necesidad de llevar otra vez el cuerpo del Santo a la capilla del Obispo (2). Al reedificar la iglesia de San Andrés, se había ya proyectado construir adosada a ella una capilla a San Isidro, y por comodidades del culto se cambió el orden del primitivo templo de San Andrés, poniendo el altar mayor a los pies, y éstos donde estaba antes el altar mayor o la cabeza. De ahí resulta que actualmente el primer sepulcro de San Isidro, el del cementerio, está dentro del ábside, al lado del Evangelio, mientras que el segundo sepulcro (que primitivamente estaba al lado del Evangelio en el altar mayor) se encuentra hoy a los pies de la iglesia, en un cuarto oscuro

(1) 2-364-8, fol. 7.

(2) Así lo dice la inscripción colocada al lado del Evangelio, oculta actualmente, pero de la que existe copia en el Archivo parroquial de San Andrés.

en que sólo se conserva el nicho donde estuvo el arca con los restos del Santo y los tres leones sobre los que ésta se apoyaba. Esta arca, que es una joya artística, se guarda en el Palacio episcopal, y de ella hablaremos más abajo.

Hojeando los trece tomos de los procesos de beatificación de San Isidro, conservados en la Catedral de Madrid, hemos hallado el reconocimiento de varias pinturas del Santo que existían en la villa a fines del siglo xvi. Como todas, o casi todas, han desaparecido, queremos publicar estos documentos, pues al par que ilustran la vida del glorioso Labrador, nos revelan una página inédita muy interesante de nuestra historia del arte.

El primer documento, que a continuación transcribimos, es una minuciosa descripción de las pinturas de la antigua iglesia de San Andrés, tanto más estimable, cuanto que, como se ha dicho, de ellas no queda ni rastro. Su texto es como sigue:

«TESTIMONIO DE LAS PINTURAS DEL SANTO ISIDRO (1).—En la villa de Madrid, a veintiocho días del mes de Julio de mil y quinientos y noventa y ocho años. Nós el Licenciado Velázquez, clérigo y presbítero Beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés de esta villa, y Pedro Manrique de

(1) Archivo de la Catedral. *Procesos de San Isidro*, tomo vii, folios 585-588.

Herla, Notarios públicos Apostólicos, en compañía del Licenciado Gil Ximénez, Diputado de la Junta del dicho Santo; estando en la Iglesia parroquial de Sant Andrés, donde está el cuerpo entero incorrupto del Bienaventurado Sant Isidro, labrador de esta dicha villa, de más de cuatrocientos años a esta parte, según es opinión y pública y verdadera tradición; llegamos sobre las gradas del Altar mayor; y mirando el retablo, del que es muy antiguo suntuoso y principal, adornado con diez y ocho cuadros, pintadas en ellos diferentes historias de santos, demás de la custodia del Santísimo Sacramento, que es muy rica, de talla dorada sobre azul, y encima de ella está una figura de bulto del Bienaventurado Sant Andrés con su aspa en su mano derecha. Y entre los diez y ocho cuadros, junto a uno de cuando llevaron a Jesucristo nuestro Señor ante el rey Herodes o Pilatos, y debajo de otro en que están pintados Sant Babiles y Sant Blas, y encima de otro en que están los apóstoles Sant Felipe y Santiago, está un cuadro de hasta vara y media de largo y una de ancho, pintado al óleo, y en él, en campo azul y pardo, una ciudad o villa entre arboleda verde, y más abajo está una figura de un santo con diadema y resplandor, vestido con una vestidura larga y blanca a manera de capote de sayal con su capilla, y tiene unas sombras del propio vestido que tiran a pardas; el rostro, muy humilde

y encendido y resplandeciente, y en la una mano una aguijada, y en la otra el cabo del arado, del cual van tirando dos bueyes castaños claros, encima de los cuales están dos ángeles, vestidos, el uno entre verde y azul y el otro de encarnado claro, con sus alas, de estatura de una tercia, el uno con las manos puestas y el otro anda arando con otra yunta de bueyes blancos. El cual dicho retablo y pintura está tenido generalmente por del Bienaventurado Sant Isidro, labrador de Madrid, cuando le sucedió hacer Dios nuestro Señor aquel milagro por él de que le ayudasen a arar los ángeles, y por tal venerado y reverenciado, según dicen, con facultad.

»Y a la parte del Evangelio del dicho retablo y Altar mayor, y pegado a él, está un arco muy suntuoso hecho de piedra en el encaje del grueso de la pared, de hasta tres varas de largo y vara y media de ancho y hasta dos estadios de alto; el cual, por la parte de fuera, está adornado de un escudo negro en campo de azul con un círculo redondo dorado y encima de él un serafín con sus alas, y a los lados de él dos ángeles que están sustentando el uno con un manojo de espigas en la una mano y el otro con una aguijada en la otra, en significación de que el dicho Santo Isidro era labrador. Y a la redonda del dicho arco hay cinco serafines, y colgados seis cirios gruesos de cera blanca y verde,

con mucha cantidad de velas blancas y cirios de cera, y cuerpos de ella y ojos de plata y una camisa, que le han ofrecido diferentes personas que por su intercesión han sanado de diversas enfermedades. Del cual dicho arco pende una barra de hierro (con) una cortina abierta por medio, de tafetán colorado; y por la parte de adentro de dicho arco, en el frontispicio de él, está pintado el Bienaventurado Sant Isidro en la forma y manera que está en el Altar mayor; y al un lado está pintado el dicho Santo señalando con el dedo como quien enseña alguna fuente; y en la mano izquierda tiene una aguijada con que parece dar un golpe en la tierra entre espadañas y juncos y otras verduras, y que de allí sale un golpe de agua, en significación del milagro que Dios nuestro Señor hizo por medio del dicho Santo en el descubrimiento y fundación de la fuente que llaman de su nombre, y es opinión que él hizo, que está desotra parte del río de Madrid; y en el agua de ella se tiene mucha devoción, porque según hemos oído decir a muchas personas, de las que hemos examinado, han sanado con ella de sus enfermedades. Y al otro lado está la figura del dicho Santo, en la misma forma pintada, con el propio vestido y diadema y resplandor, y un jumento cargado con un costal de trigo y una banda de palomas y pájaros como que bajan a que les den de comer; y el Santo, desatando el costal y pisándoles,

en significación del milagro que Dios nuestro Señor hizo por él, cuando por la caridad que tuvo con las aves le acrecentó el trigo y harina en el molino en tanta abundancia que no cupo en su costal. Y dentro del dicho arco está una figura de bulto del dicho Bienaventurado Sant Isidro, de estatura de un hombre grande, esmaltada de colorado y oro, y azul y oro, con su capote y capilla puesto, muy hermoso de rostro, el cual tiene muy encendido, y las barbas negras y en las manos tiene la aguijada. Y a los pies del dicho retrato está una caja grande de hasta tres varas de larga, toda pintada de diez y seis de los milagros del dicho Santo, y en especial cuando le multiplicó Dios las ollas para dar a los pobres, y el milagro del arado, y la fundación de la fuente, y la resurrección del caballo de su amo; la cual dicha caja está cerrada con cinco cerraduras y llaves en la delantera y dos a los lados, que son por todas siete. Y las dichas pinturas, según de ellas consta y las informaciones, que hemos procurado hacer a boca, son muy antiguas; porque aunque hay clérigos y sacerdotes muy antiguos en la dicha iglesia, nadie se acuerda de cuando se pintaron, ni aun de haber oído decir a sus mayores, sino que siempre las han conocido así; y dentro de ella está el cuerpo del Bienaventurado Sant Isidro, la cual está sobre tres leones de piedra y cubierta con un paño de tafetán verde. Y delante de dicho arco y caja están

colgadas tres lámparas de plata ardiendo, y a un lado del dicho arco hay unos renglones escritos en letras góticas muy grandes sobre papel que dicen así: «Ad sanctum Andream et beatum Isidorum agricolam. / Rettibus Andream Deus et nunc bomere Isidrum / abocat hic duos quos pia vila colit / Panio-luon custos et agrorum glaucus aquarum / Numina falsa ruant, Numina vera placent», y el dicho arco por la parte de abajo está cerrado de una reja de hierro.»

»Y a los pies de dicha iglesia está, junto a una capilla de la Adoración de los Reyes, una tumba cubierta de un guadamacil, y encima uno como a manera de relicario de bronce, y encima de él un Cristo crucificado; y por la una parte está un rótulo de letras de oro en campo negro, que dice: «Beate Isidre ora pro me», y por la otra parte dice otro tanto. La cual dicha tumba está cercada con una reja verde y con sus manzanas cuajadas de púas, para que nadie éntre dentro, la cual dicen que está puesta en la dicha forma, porque el Bienaventurado Sant Isidro fué enterrado en el propio lugar siendo cementerio, y que después de trasladado, lo incorporaron en la iglesia, y que es tradición verdadera y continua. Y en la pared, encima de la dicha tumba, está un letrero de letras góticas que dice: «Siendo éste cementerio, estuvo aquí sepultado cuarenta años el cuerpo de Sr. Sant Isidro que está

agora a la mano derecha del Altar mayor.» Y junto al dicho letrero una tabla de extremada pintura, y en ella pintado sobre una nube resplandeciente de color amarillo en campo azul, que la sustentan muchos ángeles de color encarnada, y en ella Dios Padre, y en lo demás de la dicha pintura está pintado el dicho Santo en la dicha forma y manera que la del Altar mayor, excepto que los dos ángeles andan arando; y encima parece que está otro ángel arando con otro par de bueyes, y a un lado está la ermita y fuente del dicho Santo.»

«Y en las puertas de los pies de la dicha iglesia está pintado el dicho Santo de pintura muy antigua, tanto, que apenas se divisa, con el mismo milagro de ayudarle a arar los ángeles; y en la capilla donde está la piedra bautismal hay otro retrato de bulto del Bienaventurado Sant Isidro, de estatura de un hombre, vestido de negro esmaltado de oro, con su aguijada en una mano y su rosario en la otra, y diadema en la cabeza, la cual dicha imagen damos fe que hemos visto llevar acompañando a la de Nuestra Señora el día de su Asunción, en una procesión solemne que se hace cada año a Nuestra Señora de Atocha, con la misma solemnidad y veneración que [la] imagen del Santo; y en las procesiones que se hacen en el octavario del Corpus en la iglesia de Sant Andrés, delante la custodia del Santo Sacramento en sus andas y su

cera encendida. Y en otra tabla que está enfrente de la puerta principal de la dicha iglesia, colgada de un arco, están pintados dos ángeles que están sustentando un cáliz, de que sale una hostia, y al lado derecho está la figura y pintura del Bienaventurado Sant Andrés, con un libro en la mano y el aspa en la otra, y a la parte siniestra está el Bienaventurado Sant Isidro, vestido a manera de labrador, con un capote como de sayal blanco y su capilla, y en la mano derecha lleva una aguijada y en la siniestra el cabo del arado que le van tirando dos bueyes, el uno negro y el otro castaño claro, en significación de que era labrador; y debajo está un letrero en latín que dice: «Qui seminant in lacrimis, in exultatione mettent»; y otra en romance que dice: «Aquí se paga la limosna de la cera del Santísimo Sacramento y de Sr. Sant Isidro.»

»Y para que de ello conste dejo mandamiento del Sr. Vicario general: y de pedimiento del dicho Diego de Salas damos el presente en el día, mes y año arriba dichos, siendo testigos el dicho Licenciado Gil Ximénez y Antonio de Cuadros, clérigos y presbíteros. Y asimismo fueron testigos Miguel Suárez y Julio García, Beneficiado y sacristán de la dicha iglesia, y otras muchas personas, vecinos de la dicha villa. Y en fe de ello lo firmamos de nuestros nombres.—*El Licenciado Velázquez, Notario.*—*Pedro Manrique de Herla.*

El texto que precede nos indica la forma del mausoleo de Isidro, y las pinturas con que, tanto él como el retablo, puertas y algunas de las paredes de la iglesia de San Andrés, estaban adornados. Pero aun nos descubren algo más los procesos. Continuando los notarios apostólicos sus pesquisas por la villa, hallaron el 29 de Julio de 1598 en el convento de los Dominicos de Nuestra Señora de Atocha, dentro de una capilla de la iglesia, una imagen de San Isidro, vestido a la usanza antigua, y con un letrero de letras góticas que decía: «Sant Isidro labrador de Madrid» (1).

Los mismos notarios examinaron el 30 de Julio de 1598 otra imagen en la capilla del Estudio de esta villa (2). Es bien sabido que el Convento de los Dominicos estaba situado donde hoy se alza el Panteón de hombres célebres, y la capilla del Estudio debía de estar en el edificio que en la calle del mismo nombre tenía la villa de Madrid destinado a la enseñanza.

(1) Archivo de la catedral de Madrid. *Procesos*, tomo VII, 588 v.

(2) *Ibid.*, folio 589.

LA CAPILLA DE SAN ISIDRO EN MADRID



DESPUÉS de la canonización del Santo pensó la villa de Madrid en dedicarle una suntuosa capilla. La idea comenzó a surgir en 1642. Al principio se escogió para su emplazamiento la plazuela de la Cebada; mas considerando que con esto se privaba a la iglesia de San Andrés de su mayor tesoro, se juzgó conveniente construirla adosada a ésta.

Por parte del Rey se encargó de llevar adelante los trabajos D. Antonio de Contreras, caballero de la Orden de Calatrava, del Consejo y Cámara de Su Majestad, y por parte del Ayuntamiento de Madrid (que tomó el asunto como cosa propia), el corregidor D. Francisco Arévalo de Zuazo y los regidores Gabriel Ocaña y Alarcón, Cristóbal Medina, Juan de Tapia, Diego de Urbina, Francisco Lardirete, Claudio de Cos, Gonzalo Pacheco, Diego de Monroy, conde de Puñoenrostro, Miguel de Haro, Luis López del Castillo y Francisco Ignacio

de Trasmier. Estos fueron nombrados comisarios de las obras en 1643, como consta de las actas del Ayuntamiento de Madrid, siendo reemplazados algunos en el decurso de las obras. A ellos se añadió el cura párroco de San Andrés.

Comenzaron en seguida los trabajos preparatorios, y afortunadamente en el archivo del Ayuntamiento de la villa y corte se conservan casi todos los documentos referentes a la fábrica de la capilla desde 1643 hasta 1669, en que se terminaron las obras. Podemos, pues, seguirlas paso a paso.

Lo primero de todo se abrió un concurso para que se presentaran los planos. Y «a diez días del mes de Mayo de mil seiscientos y cuarenta y dos años, el Sr. D. Francisco Arévalo y Zuazo, corregidor de la villa, en la junta que hizo en la parroquial de San Andrés, adonde fueron llamados los maestros arquitectos, el P. (1) Francisco Bautista, de la Compañía de Jesús; Juan Gómez de Mora, el P. Fray Lorenzo de San Nicolás, agustino recoleto; Miguel del Valle, Cristóbal Colomo, para determinar cómo se ha de hacer la capilla de San Isidro; habiendo elegido la traza de Pedro de la Torre, y confiriendo con qué condiciones se había de poner por ejecución, así los señores de Ayuntamiento como todos los dichos Maestros, convi-

(1) Era Hermano, y así se le llama otras veces.

nieron en que el Maestro cuya traza se eligió hiciese las condiciones. Así, el dicho Pedro de la Torre se encargó de hacerlas» (1).

De este acuerdo resulta que los planos aprobados fueron los de Pedro de la Torre. Y, efectivamente, este arquitecto aparece en los documentos como maestro mayor hasta 1646; pero en este tiempo, algunos regidores objetaron que, teniendo la villa su arquitecto propio, que lo era D. Juan Gómez de Mora, parecía un dispendio inútil lo que se gastaba en pagar a Pedro de la Torre, y propusieron que dirigiera las obras el citado Gómez de Mora. A éste sucedió en el mismo cargo D. José de Villarreal, que es el que aprueba y firma los contratos de materiales y adorno de la capilla por lo menos desde 1657 hasta 1661. También existe una partida de 4 de Marzo de 1657, en que se manda pagar a Fray Diego de Madrid, capuchino, ochocientos reales para hacer el modelo de la capilla y fábrica de San Isidro. Finalmente, en la escritura por la que se obliga Juan Ortiz, en 1667, a hacer la reja de bronce dorado que había de dividir dicha capilla de la iglesia de San Andrés, se dice que el asistente de la fábrica era Fray Lucas de Guadaluajara, capuchino. Es, pues, indudable que todos éstos intervinieron de alguna manera en los planos

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, 2-285-5.

generales y en su ejecución. Se ha dicho que también tomó parte en ellos Sebastián de Herrera, arquitecto, escultor y pintor de cámara de Felipe IV (1); pero nosotros no hemos tropezado con ningún texto que lo acredite, aunque no parece inverosímil. Los sobrestantes y guardas de materiales fueron Juan Bautista Rubio y Francisco Ramírez.

En los documentos se hace frecuentemente referencia a los planos, y es lástima que no poseamos su dibujo. De todos modos, el edificio que hoy admiramos nos da una idea exacta de lo que fueron. El estilo que en él domina es el de la época: barroco-plateresco. Tiene la capilla forma octogonal, componiéndose de dos piezas: la primera, cuadrada, y la segunda, ochavada, con una cúpula admirable y esbelta y un riquísimo templete en medio.

Desde luego se convino en que las obras se habían de hacer de limosna, y, aparte de lo que dieron el Rey y los particulares, determinó el Ayuntamiento, en 1646, aplicar ocho mil ducados, y más tarde, lo percibido por la sisa del carbón y del vino y otras entradas.

Para escoger sitio amplio y a propósito para la

(1) LLAGUNO Y AMÍROLA y CEAN BERMÚDEZ: *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, tomo IV, 1829, pág. 59.

capilla hubo que derribar las casas del duque de Béjar, que estaban en la plazuela de San Andrés; las de D. Fadrique Enríquez, y parte de las murallas, con sus cubos, en la Puerta de Moros y en la Cava Baja (1).

Con esto no se habían hecho más que los preliminares. Todos, tanto los comisarios como los arquitectos y maestros de obras, convinieron en que era preciso fijar bien las condiciones en que se habían de realizar los trabajos. Por su parte, Pedro de la Torre, al ser aceptada su traza en 1642, dijo que convenía a la buena prevención que se llevara agua de pie para el servicio de la obra, que se hicieran tallerés cubiertos, con las paredes forradas por dentro de yeso negro, para poder delinear en ellas los dibujos; que se construyeran 302 aposentos para guardar las herramientas, que se arrasase y escombrase el sitio y se abrieran los cimientos.

Los comisarios, con los arquitectos, determinaron en 19 condiciones muy puntualmente las bases a que se habían de ajustar todas las obras, la piedra que en ellas se había de utilizar, su combinación y los adornos que se habían de poner. En la primera condición se insiste mucho en que los cimientos sean firmes, y hasta se especifican los materiales

(1) Las noticias que siguen están sacadas casi únicamente del legajo del Ayuntamiento de Madrid, 2-284-8.

que para ellos se han de emplear, y la proporción en que se han de mezclar. Las paredes habían de ser de piedra berroqueña. Por dentro, el embasamiento había de ser de mármol de San Pablo, cerca de Toledo, y del mismo material todos los miembros principales que suben hasta la cornisa, como son las pilastras y sus correspondencias; los intervalos, de piedra blanca de la cantera de Torrubia; el alquitrave, de mármol de San Pablo; el friso, de piedra blanca, y la cornisa, de mármol; de modo que todos los términos fueran negros, y los intervalos, blancos. Las bóvedas, de piedra de Torrubia; los arcos, formas y guarniciones, de mármol de San Pablo; las gradas del presbiterio y el adorno del arco del cuerpo del Santo determinaron que fueran de jaspes y mármoles, de lo más fino que se hallara en España. Los jaspes se trajeron de la cantera de Cehégín. También hay un libramiento de mil reales a favor de Nicolás Barberí, por mil piedras traídas de Génova, y otros por piedras de Tortosa. Finalmente, concluyen que el cimborrio y la bóveda se rematen según el modelo (1).

Prevenido todo, se colocó con gran solemnidad la primera piedra el 12 de Abril de 1657, y comenzaron con gran entusiasmo las obras. Es de notar que a 8 de Noviembre de 1656 comunicó al Ayunta-

(1) Archivo del Ayuntamiento, 2-283-5.

miento el cura párroco de San Andrés, D. Bernardo de Braojos, que se había caído un pedazo de dicha iglesia, y que el otro amenazaba ruina. El Concejo resuelve, en 20 de Febrero de 1657, se derribe toda ella (1) y se construya de nuevo, poniendo el ábside al lado de la nueva capilla.

Hay un precioso legajo en el Ayuntamiento de Madrid, citado ya antes (2), en el que, a partir de este año 1657, están los pregones, remates, autos, escrituras y libramientos de los materiales de las obras, con los nombres de los que las ejecutaron. Vamos a aprovechar lo más saliente. Pero antes queremos transcribir el libramiento original hecho a favor del gran Velázquez, un año antes de su muerte, por haber dado el andamiaje para la obra. Dice así:

«En la villa de Madrid, a veinte días del mes de Septiembre de mil y seiscientos y cincuenta y nueve, el Sr. D. Antonio de Contreras, caballero de la Orden de Calatrava, del Consejo y Cámara de S. M., protector de la obra de la capilla del Sr. Sant Isidro, mandó que despachen libramiento a Diego Velázquez, aposentador mayor de palacio, de tres mil y ochocientos reales, que con él se concertó la madera y clavazón de los andamios que estaban

(1) 2-283-11.

(2) 2-284-8.

hechos en el salón de palacio, para pintar la bóveda al fresco, y la madera de la escalera por donde se subía al dicho andamio por la plaza de palacio, y los señaló; que toda la dicha madera se ha comprado para hacer las cimbras de los arcos torales y andamios para la fábrica de la dicha capilla.—*Joseph Martinez*» (rubricado).

La mampostería de los cimientos la puso el maestro Marcos López. Las paredes se habían de construir de piedra berroqueña; se sacó a subasta la contrata y se adjudicó a Agustín de Vita, a razón de trece reales el pie superficial, aunque andando el tiempo bajó el interesado a once.

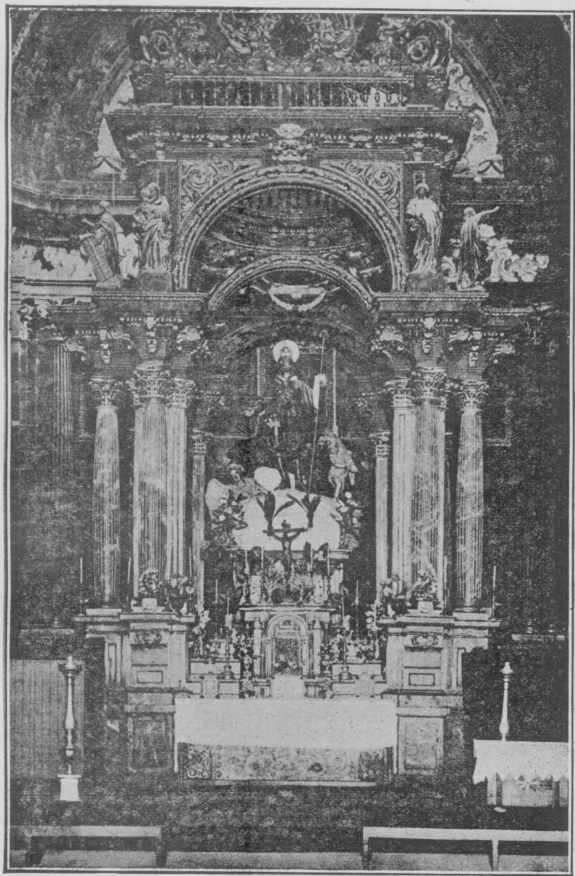
El ajuste de ladrillos, hierro, carros, madera (que se trajo de Balsain) y otros accesorios de la obra no los especificamos, por ser de menos interés.

El 10 de Octubre de 1637 se fijaron las condiciones en las que se había de hacer la obra de mármoles y jaspes, refrendadas por el maestro mayor de la villa de Madrid, D. José de Villarreal. A las ocho de la mañana del 11 del mismo mes y año las anunció en la Plaza Meyor, colocado a la entrada de la calle de los Zapateros de Viejo, el pregonero de la villa, Julián López. Vuelve a hacer lo mismo los dos días siguientes, y al fin se rematan las obras en los maestros marmolistas Juan de Lobera, Antonio Germán, Miguel de Tapia y Gaspar de Olaza. Las bases eran éstas: que habían de poner todo cui-

dato en emplear las mayores piezas posibles, en guardar las combinaciones de los colores fijados, en juntar las piedras de manera que pareciera todo de una pieza y en pulirlas todas esmeradamente: el precio sería de 38 reales por cada pie superficial. Al año siguiente rebajaron estos artistas 2.000 ducados de lo que antes se había concertado.

Uno de los que más trabajaron en las obras de la capilla fué el citado maestro arquitecto y marmolista Juan de Lobera. En 1660 se compromete a hacer el templete del medio de la capilla, donde se había de colocar el cuerpo del Santo, en esta forma:

«Primeramente se ha de ejecutar con la traza que para el dicho efecto está hecha y firmada de mi mano; haciendo de jaspes y mármoles a mi cuenta y riesgo todo lo que demuestra la dicha traza hasta los collarinos de las columnas y machos de pilastras, sin que haya cosa alguna que no lo sea, así frontales como gradas y pedestral, sobre que ha de estar el *arca de plata*, en que está el cuerpo del bendito Santo, excepto los adornos de talla que tienen, que han de ser de madera dorada a imitación de bronce, y los demás ángeles y figuras que hasta el lugar referido hubiese.» En las condiciones siguientes se expresa que las tarjetas del primer banco de las columnas y todo el cuerpo de la custodia hasta la cornisa han de ser de jaspe y mármol, y las columnas, estriadas; y todo lo demás de la cor-



TEMPLETE DE LA CAPILLA DE SAN ISIDRO

nisa para arriba, de madera. El coste total se valúa en 14.000 ducados. Lobera encargó el pulimento de las columnas a Juan de Aya, Pedro de Cuenco y Gregorio Vázquez, a razón de 900 réales por cada columna.

En 1662 firma el mismo Lobera el compromiso de hacer 14 capiteles de madera para las columnas, al precio de 800 reales cada uno, de modo que se puedan dorar. Otras veces interviene Lobera en diferentes obras como perito, para apreciar los trabajos, y como autor del retablo de San Andrés, del que luego hablaremos.

La mayoría de las estatuas corrieron a cargo del escultor Manuel Pereira. En 27 de Enero de 1638 se obligó por escritura a hacer diez estatuas de santos labradores, de siete pies de alto, sin la peana, ahuecadas por dentro, con los desnudos dorados y estofados y encarnados, y las vestiduras con el color correspondiente y con diadema en arco de metal; todas por 2.500 ducados. Estas eran para los nichos de la capilla. Más tarde se trasladaron a la iglesia del Colegio Imperial, y actualmente se hallan en los nichos del retablo y capilla mayor de dicha iglesia; pero aun se conservan las peanas y letreros, comenzando por Adán, en la capilla de San Isidro. Existe un auto del 28 de Mayo de 1666, en que se manda pagar al mismo Pereira 2.000 reales por nueve estatuas, siete de madera y dos de

piedra, que había de labrar para la capilla del Santo; y otro del 6 de Diciembre del mismo año, ordenando se libren al mencionado escultor otros 2.000 reales por 17 estatuas que está haciendo para el mismo sitio.

En 1658 se compromete José de Rates a ejecutar seis estatuas de los santos Melquiades, Dámaso, Elpidio, Marcelo, Eugenio e Ildefonso de Toledo.

Otro de los escultores que trabajaron en las estatuas fué Juan Cantón de Salazar, que, con Francisco de Valdovinos, se comprometió a labrar 15, de piedra de Tamajón, por 220 reales cada una. Juan Coronado, vecino de Guadalajara, recibe en 1662 la cantidad de 2.400 reales por seis figuras de Apóstol; y al año siguiente Andreas de Ortega, vecino de San Leonardo, 600 reales por dos estatuas de piedra de dos apóstoles. Estas deben ser las exteriores del edificio. También se mencionan una escultura de Juan de los Reyes, aunque no sabemos lo que representaba; ocho estatuas de las ocho Virtudes para el retablo, debidas a Juan Sánchez, que costaron 4.400 reales, y seis ángeles para el grupo de la Fe, labrados por Asensio de Castro.

Si quisiéramos ir nombrando con todos los detalles cada una de las obras ejecutadas en la capilla y sus autores, nos haríamos interminables. Procuraremos, por lo tanto, resumirlas brevemente. Las bases de las columnas, de cobre y latón, son de Pe-

dro de la Sota y Pedro de Alto, maestros mayores de fundir campanas; las ocho tarjetas de bronce de las columnas del templete las hizo Erasmo Bannorbec; los encamonados de la medianaranja, Simón de la Vega; el dorado de los 14 capiteles, Juan de Villegas y Francisco de Aro; los adornos, Francisco de la Viña, de nación flamenco; el antepecho de bronce y las dos lámparas, Juan Ortiz; los plomos y pizarra de la techumbre y cúpula, Juan García Barruelos; las dos cruces y veletas de la capilla y de la iglesia, Lorenzo Hernández; las cinco puertas de ambos edificios, Jacinto de Herrera, Francisco Carretero y José Gómez; la campana, Pedro Alto; el órgano, Gabriel Avila, organista de S. M.; los libros de canto, Cristóbal Maranchel.

A propósito hemos dejado para el fin la descripción de las pinturas de la capilla. Por el interés que en sí tienen, y porque a veces se han interpretado mal, juzgamos conveniente copiar los documentos auténticos, que nos transmiten el nombre de los autores y lo que exactamente representan. Los dos primeros se refieren a los cuatro preciosísimos lienzos de gran tamaño, que están en la parte cuadrada de la capilla. Su texto es:

«*Cuatro pinturas. Año 1663.*—Obligación de las cuatro pinturas para San Isidro.

»Séparse por esta escritura de obligación cómo nos, Francisco Ricci y Juan Carreño, pintores, ve-

cinco de esta villa de Madrid: Otorgamos que nos obligamos en favor de la fábrica de la capilla del glorioso San Isidro y del Señor protector, que es o fuere de ella, de hacer para el día San Juan del año venidero de 1664 años cuatro pinturas para los cuatro nichos del cuerpo de la dicha capilla, en esta manera: Yo, el dicho Francisco Ricci, las dos de ellas, que son: la una, cuando el Santo San Isidro en forma de labrador se le apareció al Sr. Rey D. Alonso en las batallas de Tolosa, y la otra, el milagro de cuando el Santo sacó el niño del pozo. Y yo, el dicho Juan Carreño, he de hacer las otras dos, que son: la una, cuando el Sr. Rey D. Alonso vió al Santo y dijo era el labrador que se le había parecido; y la otra, cuando Joan de Bargas, su amo, llegó sediento, y el glorioso Santo hizo el milagro de la agua, dando con la aguijada en la tierra. Las cuales dichas cuatro pinturas daremos acabadas en toda forma para el dicho día de San Juan del año venidero de 1664. Conque para empearlas y comprar lienzo, se nos han de dar trescientos ducados: 150 para cada uno, y las demás pagas como se fuese continuando con dicha pintura; y habiéndolas acabado, se han de tasar; y hecho, se nos ha de dar satisfacción de lo que se nos estuviere debiendo; y en esta conformidad, haremos las dichas cuatro pinturas a satisfacción de dichos señor protector y de las personas peritas que para

ello se nombrasen; y no lo cumpliendo, queremos que su señoría las pueda mandar hacer a nuestra costa por lo que costaren y más el dinero que hubiésemos recibido; queremos ser ejecutados sólo en virtud de esta escritura, sin que sea necesario otro instrumento, para cuyo cumplimiento obligamos nuestras personas y bienes en forma cuarentigia con poderío a las justicias de S. M. y sumisión al dicho señor protector; y renunciarnos las leyes de nuestro favor y la general en forma; y así lo otorgamos ante el presidente, secretario y testigos, en la villa de Madrid, a dos de Mayo de 1663 años, siendo testigos Andrés Díaz, Andrés Marqués y Domingo Ortiz de Zárate, residentes en esta corte; y los otorgantes, que yo, el secretario, doy fe conozco, lo firmaron.—Francisco de Ricci, Juan Carreño.—Ante mí, Juan de Miera.»

«Auto: En la villa de Madrid, a dos días del mes de Mayo de mil y seiscientos y sesenta y tres años el Sr. D. Antonio de Contreras, Caballero de la Orden de Calatrava, del Consejo y Cámara de S. M. y protector de la fábrica de la capilla del glorioso San Isidro, mando se despache libranza a D. Francisco Ricci y Juan Carreño, pintores de S. M., y a cuyo cargo está por obligación el hacer cuatro pinturas para los cuatro nichos del cuerpo de la capilla, de trescientos ducados de vellón que han de haber, ciento y cincuenta cada uno para empezar

dichas pinturas en conformidad de su obligación; y la dicha cantidad se les libre en el Sr. Juan Bautista Benavente en los maravedíes que han entrado o entrarán en su poder aplicados para los gastos de dicha capilla, y lo señalo. Rúbrica del Sr. Don Antonio de Contreras.—Joseph Martínez.»

Al lado de estos preciosos documentos hay que colocar el compromiso del pintor Francisco Caro, en que se obliga a pintar el año 1658, para la parte circular de la capilla, los siguientes cuadros:

«Diez lienzos de la vida de Nuestra Señora, de a seis pies y medio de alto y cuatro pies de ancho, a seiscientos reales: La puerta dorada.—Natividad de la Virgen.—Presentación al templo de Nuestra Señora.—El Desposorio.—La Visitación.—Nacimiento de Nuestro Señor.—Presentación del Niño. Circuncisión.—La adoración de los Reyes.—La Encarnación (1).

»Seis lienzos de la vida del Santo, de a diez pies de alto y seis de ancho, a mil reales: Los ángeles arando.—El milagro del agua.—Cuando las aves se le vinieron a las manos.—El niño del pozo. Cuando Santa María de la Cabeza pasó el río. Cuando sanó a una enferma.

»Seis lienzos de pensamientos diferentes, de a catorce pies de alto y seis de ancho, a mil reales:

(1) Casi todos existen actualmente.

El Tránsito de San Francisco.—El Sacrificio de Abraham.—San Juan Bautista.—San José y el Niño.—El Desposorio de Santa Catalina.—El bautismo de San Juan.

»Cuatro lienzos de devociones, de a doce pies de alto y cuatro de ancho, a trescientos reales: San Francisco.—San Antonio.—San Diego.—San Félix.

»Cuatro lienzos de cuatro doctores de la Iglesia, de a diez pies de alto y seis de ancho, a seiscientos reales: San Jerónimo.—San Ambrosio.—San Agustín.—San Gregorio.

»Ocho lienzos de pensamientos diferentes, para la media naranja, de a diez pies de alto y seis de ancho, a mil reales (faltan cinco por elegir los pensamientos): La Resurrección.—La Coronación de Nuestra Señora.—La Asunción de Nuestro Señor (*sic*).

»Ocho lienzos de devociones diferentes, de a ocho pies de alto y cuatro de ancho, a cuatrocientos reales: La Concepción.—San Pedro.—San Pablo. (Los otros cinco en blanco, como arriba.)

»Cuatro lienzos de los cuatro Evangelistas; son en círculos de a seis pies, a cuatrocientos reales: San Juan Evangelista.—San Lucas.—San Mateo.—San Marcos.

»Y es condición que se me han de dar cuatrocientos ducados siempre adelantados. Y en el ínte-

rin que entrego la dicha cantidad de obra, no se me ha de dar más dinero. Y en esta conformidad he de correr hasta el fin de ella. Todas las cuales dichas pinturas, arriba referidas, tengo de pintar por los precios aquí contenidos. Y por si las medidas que aquí están tomadas no fuesen ajustadas, las tengo de pintar al mismo precio, por las que me diese el maestro mayor Joseph Villarreal.

»Las cuales pinturas no he de ejecutar sin mostrar primero los trazos al Sr. D. Antonio de Contreras para que se hagan a la voluntad de su señoría. Y para la satisfacción del dinero que fuere recibiendo en la conformidad dicha, ofrezco por fiador al Sr. D. Jerónimo Federigui, caballero del Orden de Santiago.—*Francisco Caro*.—Y si dicho señor D. Antonio, vista la traza de la pintura en cualquiera de los lienzos, mandare poner o añadir alguna cosa, lo haré y dejaré a satisfacción de su señoría, y lo firmo en Madrid a ocho de Mayo de mil y seiscientos y cincuenta y ocho.—*Francisco Caro*.»

A continuación van la escritura de compromiso y varios autos y libramientos de dinero.

Con esto queda en breve espacio trazada la historia de la fábrica de la capilla. Simultáneamente se emprendió la reconstrucción de la iglesia de San Andrés. Las paredes, de piedra berroqueña, las hizo Agustín de Vita, el mismo que se había en-

cargado de levantar las de la capilla. El retablo de la iglesia se adjudicó a Juan de Ocaña y al famoso Juan de Lobera, que suscribieron la escritura en 17 de Octubre de 1659. El altar había de constar de dos cuerpos y el sagrario. En el primero se habían de hacer tres nichos: el del medio para San Andrés, y los de los lados para los Apóstoles San Pedro y San Pablo. En el segundo cuerpo había de ir Nuestra Señora de la Concepción. Lo que habían de cobrar los dichos señores subía a cinco mil ducados.

Las dificultades que hubo que vencer para dar cima a esta obra fueron muy grandes; pero todas las allanó la devoción a San Isidro del Rey, del Ayuntamiento de Madrid, de España, y aun de las colonias, que contribuyeron a ella. Se ha dicho que el coste total del edificio fué de 11.960.000 reales. Es difícil precisar tan matemáticamente la cantidad invertida. Para ello sería preciso compulsar muy minuciosamente todos los recibos existentes en el Ayuntamiento de Madrid, y aun con esto, la suma adquirida no podría darse como verdadera. De un resumen de lo pagado por D. Juan de Benavente, depositario de las limosnas de la fábrica desde 1657 a 1669, se deduce que él solo entregó en este tiempo unos cuatro millones y medio de reales; pero en esta cantidad no están incluidas las facturas abonadas desde 1642 a 1657 y ni aun todas las del período siguiente.

Sea de esto lo que fuere, no se puede negar que la erección de la capilla fué un alarde de piedad y de desprendimiento en honor del Patrono de Madrid. El 17 de Abril de 1669 pudieron reunirse el infatigable comisario real, D. Antonio de Contreras, el corregidor y regidores del Ayuntamiento de la Villa, y participar al pueblo que las obras estaban felizmente terminadas y que el día 15 de Mayo se trasladaría el cuerpo del Santo desde la capilla del Obispo a la que acababa de construirse. Se invitó a todos los gremios y comunidades de la población. Acudieron también los pueblos de la jurisdicción, con sus danzas, Getafe, Vallecas, Vicálvaro, Fuenarral, los Carabancheles, etc., reuniéndose hasta doce danzas. Salió la procesión de la iglesia de San Andrés, y pasando por la plazuela de la Cebada, calle de Toledo, plaza Mayor, calle Nueva, puerta de Guadalajara, Platerías, Santa María, Palacio, subió por San Gil a la calle de Santiago; otra vez a la puerta de Guadalajara, plaza y calle de Toledo, entrando, por fin, en San Andrés, y depositando debajo del templete de la nueva capilla los restos venerandos del glorioso Labrador, encerrados en el arca de plata que cincuenta años antes habían regalado los plateros de Madrid.

TRASLACIÓN DEL CUERPO A LA IGLESIA DEL COLEGIO
IMPERIAL

A espléndida y rica capilla que acabamos de describir guardó el cuerpo de San Isidro un siglo menos tres meses y once días. Al cabo de este tiempo ordenó Carlos III que fuera trasladado éste a la Iglesia del Colegio Imperial de la calle de Toledo. La razón que movió al Rey a tomar esta determinación fué, indudablemente, el intensificar el culto de aquel hermoso templo, que, con la expulsión de los jesuítas, había decaído por completo. El mismo día fueron también depositadas en la mencionada iglesia las reliquias de Santa María de la Cabeza, digna esposa del Patrono de Madrid, las cuales se encerraban hasta entonces en la capilla del Ayuntamiento.

Hubo, naturalmente, oposición y protesta por parte de los regidores, del clero y feligreses de San Andrés, que veían se les arrancaban sus joyas más preciadas; pero al fin hubo de cumplirse el manda-

to real. En la parroquia de San Andrés hemos leído el acta que se levantó con motivo de la traslación, que, por su solemnidad, interés y sentimiento que revela, bien merece quedar aquí estampada.

«Yo, Andrés Sánchez de Avila, Notario Apostólico por autoridad apostólica, vecino y residente en esta Villa y Corte de Madrid, certifico y doy fe a los que el presente vieren, cómo en el día cuatro de Febrero del año de mil setecientos sesenta y nueve, siendo como la hora de las diez de la mañana, en virtud de decreto dado por S. M. el Rey Ntro. Señor Don Carlos III (que Dios guarde), para efecto de mover y trasladar el cuerpo del glorioso San Isidro Labrador, Patrón de Madrid, desde su Real Capilla, sita en la Iglesia Parroquial de San Andrés Apóstol, de esta Villa, a la iglesia de Padres expulsos de la Compañía, llamada el Colegio Imperial (y desde este día la Iglesia Real de San Isidro). Y en virtud de licencia y orden del Sr. Doctor D. Manuel Fernández de Torres, Vicario Eclesiástico de esta Villa y su partido, comunicada al señor D. Francisco Cebrián, Cura propio de dicha Parroquial de San Andrés, para que pasase a dicha Real Capilla, abriendo para ello la reja que la divide de la iglesia, y consumiese por sí o su Teniente el Santísimo Sacramento; lo que con orden de dicho Sr. Cura pasó su Teniente D. Ramón Otal a celebrar el alto y santo sacrificio de la Misa, asistien-

do a ella el Teniente de Capellán Mayor, D. Joaquín de Olloqui, y demás Capellanes, acólitos y Ministros de dicha Real Capilla, con velas encendidas en las manos, hasta que dicho Teniente consumió en la Misa el Santísimo Sacramento. Y apagadas las luces y concluída la Misa, el dicho Teniente de Cura tomó la llave del Sagrario, y llevó a la sacristía de dicha Parroquia, y entregó en manos del Sr. Cura de ella, en quien siempre y sus antecesores había estado y está, y con ella todos los jueves pasaba a renovar el Santísimo a dicha capilla, abriendo para esto la reja que la divide de dicha Parroquial. Y concluído este acto, siendo como las tres de la tarde de dicho día, habiendo concurrido en dicha Parroquia de San Andrés la Imperial y Coronada Villa de Madrid con sus Capitulares y Corregidor, D. Alonso Pérez Delgado, con sus Maceros y Ministros, y el Venerable Cabildo Eclesiástico de ella con su Abad, don Miguel de Altolaguirre, con la clerecía de todas las Parroquias, sus cruces procesionales, Cofradías y Hermandades de ellas con sus insignias, pendones y estandartes, con todas las Comunidades mendicantes calzadas, con los niños de la Doctrina y Desamparados, y el Gremio de Plateros, alumbrando con hachas verdes (sin concurrir los Consejos ni tribunales); y revestido el dicho Sr. Cura, D. Francisco Cebrián, con alba, estola y capa plu-

vial blanca con sus dos vestuarios con dalmáticas, asistiendo dicho Sr. Vicario Eclesiástico con todos los Ministros de su tribunal, quienes de su orden dirigían la procesión; y puesto en andas el glorioso cuerpo del Santo Labrador, le levantaron y llevaron en ellas cuatro señores eclesiásticos de dicho venerable Cabildo y cuatro capellanes de dicha Real Capilla con todos los demás señores del venerable Cabildo, y capellanes interpolados, y delante todo lo demás de la clerecía, y detrás del Santo Cuerpo, el dicho Sr. Cura con su capa y vestuarios, y el referido Sr. Vicario y sus Ministros, concluyendo y cerrando la procesión la Imperial Villa de Madrid con dicho su Corregidor, siguiendo a esto un numeroso concurso de gentes de ambos sexos, y en especial todos los feligreses de dicha Parroquia, que mostrando su sentimiento, mezclando con lágrimas, veían sacar y llevar el Santo Cuerpo de su Parroquia, en donde siempre vivió, murió y fué sepultado, como feligrés de ella, quedando sólo su sepulcro en dicha Parroquia en el presbiterio de ella al lado del Evangelio. Y sacando dicho Santo desde el Tabernáculo, donde estaba colocado en dicha capilla, por la reja que la divide a dicha Parroquia, y saliendo por la puerta principal de ella, formada desde allí toda la procesión que siguió a Puerta de Moros, Cava Baja, Puerta Cerrada a San Justo, plazuela del Cordón y pla-

zuela de la Villa, en donde a la puerta de su Consistorio o Ayuntamiento esperaban parte de sus capitulares con las reliquias de Sta. María de la Cabeza, digna esposa del Santo Labrador, en una urna de plata, las que se veneraban en el oratorio de dichas casas de Ayuntamiento; puestas en andas, e incorporada la dicha urna y reliquias en la procesión delante de su santo esposo, llevadas en hombros por cuatro señores del venerable Cabildo eclesiástico, prosiguió dicha procesión por la Platería, Plaza Mayor, Arco y calle de Toledo, hasta la Iglesia del Colegio Imperial. Y colocadas las dichas dos urnas en las gradas que tenían prevenidas de perspectiva en la Capilla Mayor, adornada con tapices y damascos, se cantó el *Te Deum*; y concluído, dicho Sr. Cura de San Andrés y sus Ministros pasó, acompañado de dichos señores capitulares de la Villa y del dicho venerable Cabildo eclesiástico, a la sacristía del referido Colegio, en donde se desnudaron; y doblados los ornamentos, se trajeron a dicha Parroquia de San Andrés.

»Yo, el dicho Notario Apostólico, presente fui a lo que dicho es; y en fe de ello lo signé y firmé dicho día, mes y año, a pedimento del dicho señor D. Francisco Cebrián, Cura propio de la referida Iglesia Parroquial de San Andrés, siendo testigos presentes a todo D. Pedro Alvarez, presbítero, Juan Manuel González, Sebastián Casado.

En testimonio de verdad, *Andrés Sánchez de Ávila.*»

Así terminaron las andanzas de las venerables reliquias, pues aun se encuentran éstas en la mencionada iglesia del antiguo Colegio Imperial, hoy Catedral de Madrid. ¡Lástima que se las removiera de la majestuosa capilla adjunta al templo de San Andrés! ¡Allí están las huellas más características de toda la historia del Santo y sencillo Labrador, y allí debería volver de nuevo su bendito cuerpo!

VI

OTROS RECUERDOS DEL SANTO EN MADRID. LA ERMITA ALLENDE EL MANZANARES



SEGÚN queda indicado, en la casa del Marqués de Peñafuente, colindante con la casa rectoral y la Parroquia de San Andrés, se dice que está la habitación donde vivió Isidro, hoy convertida en Capilla; y un pozo que se cree hecho por el Santo, en el que se cayó su hijo, siendo sacado de él sano y salvo, gracias a las oraciones de sus padres.

Al principio de la calle de Letamendi se muestra la casa solar de los Vargas, a quienes sirvió Isidro, y en el Postigo de San Agustín es voz común que estaban las cuadras.

Allende el Manzanares se levanta una ermita, relacionada con uno de los milagros más famosos del Labrador madrileño. Cuenta la tradición que, habiendo ido Iván de Vargas, cierto día muy caluroso, a visitar sus campos, tuvo sed y pidió a su criado un poco de agua. Este le señaló un sitio donde la encontraría. Fuese allí el amo, pero no halló nada. Enfadado, se volvió a su criado, echándole

en cara su pesada burla. Entonces Isidro se dirigió al lugar que antes había indicado, y dando un golpe con la aguijada, hizo brotar una fuente abundantísima, que todavía existe.

Hallándose enfermos Carlos I y su hijo el Príncipe D. Felipe, bebieron agua del milagroso manantial y recobraron la salud. Reconocida a este beneficio, la Emperatriz D.^a Isabel, esposa del primero, mandó edificar una ermita en el mismo sitio el año 1528. Desgraciadamente, ha desaparecido la primitiva; pero poseemos la descripción de algunas de sus pinturas, que no conviene dejar en el olvido. Procede también de las informaciones hechas para los procesos de canonización de San Isidro.

Reconociendo el 4 de Agosto de 1598 los Notarios apostólicos Velázquez y Manrique la dicha ermita, dicen (1) que allí encontraron un frontal de raso metido en una caja; y en ésta «una imagen de San Isidro, de bulto, de una vara y media, con sus zapatos negros y polainas de la misma color, y un capotillo de dos faldas con sus mangas, dorado y negro, y su capilla puesta, y con una cinta de oro con que está ceñido, barba negra, rostro encendido y resplandeciente, y en la mano derecha tenía un rosario de cuentas de palo y una aguijada plateada, y medio quitada la plata de antigua; y de los

(1) Archivos de la Catedral.—*Procesos*, tomo VII, folio 590.

bordes de la dicha caja por el un lado y el otro están colgadas nueve velas de cera blanca, y detrás de la dicha caja está un retablo de diferentes pinturas.» Describe luego éstas, que eran un Cristo crucificado, una imagen de la Concepción, una Piedad, una Verónica, como la de Jaén, un San Francisco de Asís, la Asunción de la Virgen con los Apóstoles alrededor del sepulcro; y finalmente, otro San Isidro, pintado en una tabla «con capote largo hasta los tobillos y su capilla puesta», con el rosario y la aguijada en una mano y la otra sosteniendo el arado. Aparecen además los Angeles arando, una banda de palomas y la ermita y fuente milagrosa.

Encima de este cuadro había un tríptico con la Sagrada Familia en medio; a los lados San Jerónimo, la Magdalena y la Asunción de nuestra Señora. Sobre él un arco; a la parte derecha estaba dibujado otra vez San Isidro, parecido a los anteriores, con los Angeles, las palomas, la ermita, la fuente e Iván de Vargas a caballo; y al lado opuesto Santa María de la Cabeza.

Esta capilla con todas sus joyas artísticas desapareció siglo y medio más tarde, y la que hoy existe la edificó el Marqués de Bale Ró el año 1724. Es de estilo de la época y no tiene nada de especial. En el altar mayor hay un grupo de dos estatuas de San Isidro y Santa María de la Cabeza. En el frontispicio de la fachada se lee esta inscripción:

«La Emperatriz D.^a Isabel, en acción de gracias por haber sanado su esposo, D. Carlos I, y su hijo, el príncipe D. Felipe, bebida el agua de la fuente milagrosa, instauró esta ermita, año de 1528. Restaurada por el Marqués de Bale Ró, fué bendecida en 1725. La Real Archicofradía de San Pedro y San Andrés y San Isidro dedicó esta memoria, año de 1885.»

El manantial brota debajo del altar mayor, y el agua sale por un caño puesto en el costado exterior de la ermita que mira al Norte. Sobre el caño se han colocado estos versos, pobres de poesía, pero ricos de significado:

O ahijada tan divina
como el milagro lo enseña,
pues sacas agua de peña
milagrosa y cristalina.
El labio al raudal inclina
y bebe de su dulzura,
pues San Isidro asegura
que si con fe la bebieres
y calenturas trujeres,
volverás sin calentura.

Es voz común que esta fuente no se ha agotado jamás, salvo en 1574; atribuyéndose el suceso a castigo del cielo, porque los moriscos se servían de ella para sus abluciones supersticiosas y para fines comerciales.

VII

LAS ARCAS SEPULCRALES DE SAN ISIDRO



RES son las arcas en que ha estado encerrado el cuerpo de San Isidro: una interior, donde reposan sus miembros, y dos exteriores; una de éstas es el arca antigua, y otra la regalada por los plateros de Madrid en 1620. En la antigua estuvo metida la interior hasta el citado año, y actualmente lo está en la de los plateros. Dos palabras sobre cada una de ellas.

El *arca interior* consta haber existido siempre por las visitas eclesiásticas giradas regularmente desde el siglo xvi. De ella nos hablan D. Juan de Centenera en 1421, el P. Alderete en 1593 y los Notarios apostólicos Velázquez y Manrique en el reconocimiento que hicieron del Santo cuerpo, el año 1598.

En el Ayuntamiento de Madrid se guardan además algunos documentos relacionados con la citada arca, por los cuales sabemos que en 1622 hizo Diego de Zabalza, platero, «la caja en que iba el cuerpo

del glorioso Sancto dentro de la urna de plata, y en ella, y en las cerraduras y erraje y terciopelo, pasamanos y raso y clavazones, dorado de todos los errajes he gastado, dice, la cantidad de maravedises contenida en la Memoria adjunta» (1), que importaba 3.602 reales.

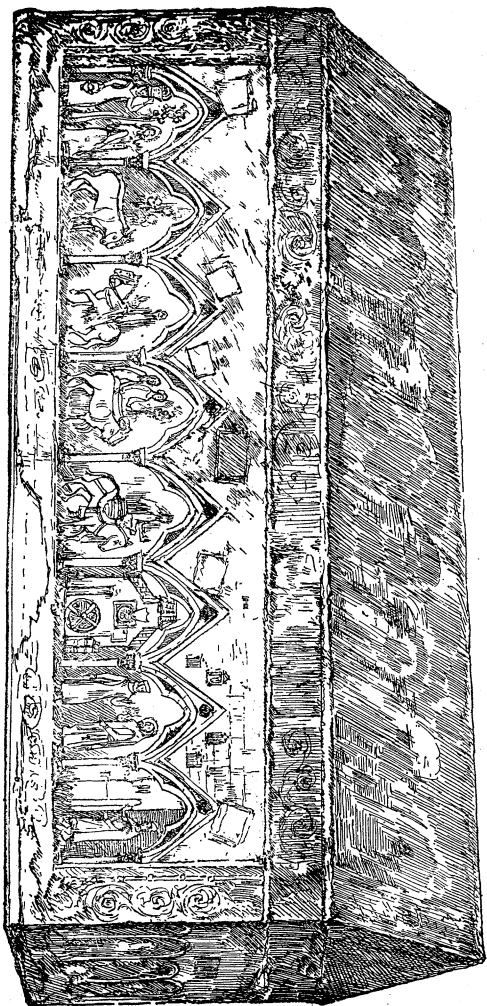
Del 1691 hay unos papeles referentes al aderezo de las dos urnas de plata y madera de San Isidro (2); y en 28 de Enero de 1692 asistieron los reyes, Don Carlos II y D.^a María de Neoburg, al acto de trasladar el cuerpo del Santo a la nueva caja que mandó construir la Reina, por haber recobrado la salud (3); la vieja se trasladó a Palacio.

Más famosa e interesante que la precedente es el *arca exterior antigua*. Estuvo en el primitivo sepulcro de San Isidro, con los restos de su bendito cuerpo hasta que éstos fueron trasladados a la caja de plata. Terminada la capilla construída exclusivamente para el Santo y puesta en su templete el arca de plata con el cuerpo del glorioso Labrador, se colocó el arca antigua en su antiguo puesto, o sea sobre tres leones de piedra en un nicho abierto en el muro de una cámara sin luz, que se encuentra a los pies de la Parroquia de San Andrés. Allí

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, 2-283-2.

(2) *Ibid.*, 2-283-2.

(3) 2-286-3.



EL ARCA ANTIGUA DE FINES DEL SIGLO XIII O PRINCIPIOS DEL XIV

estuvo hasta hace poco tiempo, hallándose actualmente en una habitación oscura del Palacio Episcopal, que está delante de la capilla de dicho Palacio.

La urna ha sido estudiada por D. José Amador de los Ríos (1), D. Gerardo Mullé de la Cerda (2) y D. José Ramón Mélida (3). Este último ha sido el que la ha examinado más a fondo el año 1896, y el que, aparte del estudio directo, nos servirá de guía en la descripción. Para que ésta se entienda mejor, damos un dibujo de conjunto, y un detalle hechos por el Sr. E. P. Dalmau, no habiendo sido posible sacar una fotografía, por la obscuridad del sitio en que se conserva.

El arca mide 2,39 metros de larga, 1,8 de alta y 0,85 de ancha. Es de pino revestido de pergamino, cubierto con un aparejo blanco, sobre el cual se han pintado distintos cuadros, que son los que tanto precio dan a este monumento. Desgraciadamente, muchas de estas pinturas han desaparecido o están tan descascarilladas, que apenas se distinguen, por haber saltado el aparejo o haber sido arrancado el pergamino. Esto sucede especialmente en la parte

(1) *Historia de la Villa y Corté de Madrid*. Madrid, tomo I, 1860, página 185.

(2) *Vida*, pág. 25.

(3) *Las arcas sepulcrales de San Isidro Labrador*. (Ilustración Española y Americana, 22 de Mayo de 1896, núm. XIX.)

posterior que ha estado adosada a la pared y en la tapa.

El arca está formada por una caja y una tapa, compuesta ésta de dos tablas que se unen por el vértice. Según Mélida, éste era el tipo que se daba en el segundo tercio de la Edad Media a las cajas funerarias, a las arquetas-relicarios y a otros muebles análogos. Por su estilo arquitectónico y por las figuras, se cree fundadamente que pertenece a fines del siglo XIII o principios del XIV.

Las pinturas están ejecutadas por el procedimiento que llama Vassari «colorir a temple», empleando como aglutinante de los colores la «goma de huevo».

La traza de las composiciones se desarrolla en una forma parecida a la usada en los sepulcros esculpidos de la época, en las arquetas-relicarios y en las miniaturas de los códices. Consiste ésta en dividir el campo en cuadros arquitectónicos con sus pilastras, columnas y arcos trilobulados. Las columnas y los frisos recuerdan el estilo románico, y los arcos el ojival. Esta composición se guarda uniformemente en el frente de la caja, en los dos testeros y en la tapa.

Examinando más de cerca las figuras trazadas en el frente, tropezamos con la representación de varios pasajes de la vida del Santo. Están éstos divididos en ocho huecos, y comenzando de izquierda

a derecha del espectador su descripción, es como sigue:

En el primer compartimento se divisa a María de la Cabeza, esposa de Isidro, con un cesto en la cabeza, al parecer de manzanas, y una olla en la mano derecha. Está tocada con una cofia blanca sobre la cabeza, plegada a la morisca, que, contorneando el rostro, baja hasta cubrirla todo el cuello. Tiene una saya roja, cerrada sobre la garganta, que cae hasta los tobillos, y la aljuba amarilla de mangas largas y ceñidas adaptada a la cintura. Los pies los lleva calzados con zapatas abiertas, y sujetas sobre el empeine con cordones que, al cruzarse, forman una especie de redecilla. A continuación en el mismo compartimento está Isidro, vestido de sayal negro-verdoso, con capote y capucha blancos y abarcas en los pies. Está vuelto de espaldas a su esposa, y en ademán de dirigir el arado que tira un par de bueyes rojos, que están pintados en el segundo compartimento. En el tercero aparece su amo Iván de Vargas, a caballo, todo de color blanco, que va a enterarse de si su criado pierde el tiempo, como le habían dicho, o está efectivamente trabajando. El cuarto compartimento lo llenan dos ángeles, vestidos de blanco, que están arando con una yunta de bueyes rojos. En el quinto aparece otra vez Isidro guiando el borríco, cuando va al molino, y da de comer con parte

del trigo a las hambrientas avecillas. A esto sigue en el sexto cuadro la pintura del molino con su rueda y tolva, y de pie dos sacos repletos de harina, anunciando el prodigio del crecimiento de ésta. El séptimo y el octavo forman un conjunto. En el primero se divisa a los dos esposos en el zaguán de su casa, mirándose mutuamente, y en el segundo, al pobre que llama a la puerta pidiendo una limosna. María de la Cabeza tiene la olla en la mano, que creía vacía, pero que milagrosamente se llenó de comida suficiente para alimentar al pobre que está en el próximo compartimento, vestido con sayal encarnado y capote negro.

En el testero de la izquierda del espectador está Jesús Nazareno, y a uno y otro lado la Virgen y la Magdalena; en el de la derecha hay una preciosa Anunciación con la inscripción «Ave María gratia plena», que brota de los labios del Ángel. Encima de estas figuras, tanto en uno como en otro testero, está pintado un ángel con un incensario en la mano.

Las pinturas de la tapa, según hemos indicado, apenas se pueden distinguir. Después de mucho mirar y remirar, hemos sacado muy poco en limpio. Recuérdese lo que dicen los Notarios Apostólicos Velázquez y Manrique, al reconocer el arca el 28 de Julio de 1598: «Y a los pies del dicho retrato está una caja grande de hasta tres varas de larga,

toda pintada de diez y seis de los milagros del dicho Santo, y en especial cuando le multiplicó Dios las ollas para dar a los pobres, y el milagro del arado, y la fundación de la fuente y la resurrección del caballo de su amo.» Estos dos últimos prodigios debían estar representados en la tapa, pero hoy es imposible reconocerlos.

Lo que parece más cierto es que, en el primer cuadro, empezando de izquierda a derecha, está la Virgen con el Niño Jesús sentada en un trono, teniendo en los dos dedos de la mano derecha una manzana colorada. Arrodillado se ve a Isidro, que se distingue perfectamente por su traje. En el segundo cuadro hay otro grupo muy parecido al anterior, aunque bastante más deteriorado. Quizás recuerden estos grupos la devoción de Isidro a Santa María de Atocha y de la Almudena, patrona de Madrid. Los compartimentos tercero, cuarto y quinto son indescifrables. En el sexto parece que están representados los desposorios de los Santos; no cabe, por lo menos, duda de que los personajes son ellos, pues así lo manifiesta su indumentaria. El séptimo compartimento contiene un edificio, que puede ser casa o templo y dos figuras: una es una vieja, al parecer ciega; la otra, con traje colorado, no sabemos qué puede representar: lo que sí parece es que está en ademán de curar milagrosamente la vista a la ciega.

Opina Amador de los Ríos que estas pinturas tienen mucho de parecido con las preciosas viñetas del *Libro de las Cantigas* y con las del *Libro de las Tablas* de Alfonso X. Lo que sí se puede afirmar es que algunas de ellas, como las de los dos testeros, son hermosísimas. En sus líneas no se descubre esa rigidez y amaneramiento tan propios de las estatuas e imágenes de los lienzos del siglo XIII, producto en general de la angulosidad dominante en el estilo gótico. Las caras son más redondas, los perfiles más sueltos, y todo el conjunto manifiesta ese clasicismo que comenzó a iniciarse en la décimo-cuarta centuria. No cremos, pues, desacertado el pensamiento del Sr. Mélida, que opina que debieron ser ejecutadas en el primer tercio del siglo XIV.

Estas pinturas, además de su valor artístico, poseen otro muy grande, histórico, porque nos transmiten de una manera plástica cuanto de Isidro nos narra Juan Diácono.

Alrededor de los bordes del arca y de los compartimentos hay una cenefa, de entrelazados, que revela su estilo arabesco y guarda ciertas analogías con la que lleva la arqueta arábiga de marfil de la Catedral de Palencia.

En el siglo XVI tenía el arca dos asas y cuatro cerraduras. Poco a poco se fueron aumentando éstas hasta llegar a siete; y actualmente aparecen seis huecos en el frente y dos a los lados, hechos

sin duda para colocar las cerraduras; pero los herrajes no están en sus sitios, e ignoramos si habrán desaparecido por completo.

Del porvenir de esta arca se han ocupado mucho los arqueólogos; y hasta el Ministro de la Gobernación y el Ayuntamiento de Madrid quisieron en 1846 que se sacase del nicho de la Parroquia de San Andrés, se transportase a un lugar adecuado y se restaurase convenientemente (1). Por fortuna, esto último no se llevó a efecto, pues hubiera sido un verdadero desatino poner en manos de un restaurador, por muy hábil que fuera, joya tan delicada y tan preciosa.

Las reproducciones que del arca antigua han hecho Mullé de la Cerda, Amador de los Ríos *La Ilustración Española y Americana* (2) y D. Aníbal Alvarez, este último en *Monumentos arquitectónicos de España*, no dan idea exacta de la realidad. Son dibujos que guardan algo de parecido, pero no reflejan lo que las pinturas son en sí. Para apreciar su valor y hermosura es menester contemplarla muy despacio y directamente.

Al verificarse las fiestas de la beatificación de San Isidro en 1620, el gremio de plateros de Madrid regaló un *arca de plata*, para que dentro de ella se

(1) Archivo del Ayuntamiento, 4-54-112.

(2) 15 de Mayo de 1893, núm. 18, pág. 319.

depositara la urna interior con las reliquias del beato Isidro. Don Ramón Mélida pide que se compruebe esta aseveración, lo mismo que lo del regalo de la urna interior por la Reina D.^a María de Neobourg, esposa de Carlos II, con documentos fehacientes. Por lo que hace a este último extremo, los hemos aducido sacados del Ayuntamiento de Madrid. Lo extraño es que se exijan para la comprobación del regalo de los plateros, cuando testigos oculares y tan fidedignos como el P. Bleda y Lope de Vega lo han dejado escrito en letras de molde; y téngase presente que el poeta madrileño fué el secretario de la justa poética que con motivo de la beatificación del Santo se celebró, y asistió a la procesión en que se llevó la famosa arca. Lo que no hemos podido averiguar es el precio de lo que ésta costó. Anda por ahí impreso que fueron 16.000 ducados. Por lo demás, del examen directo efectuado por el Sr. Mélida, deduce él mismo que la urna, que es de madera chapeada de plata con incrustaciones de bronce dorado, debe datar, efectivamente, del tiempo de Felipe III. Se compone de dos cuerpos: el inferior de la forma de sarcófago, entonces usual, y el superior de estilo arquitectónico, con medallones figurativos dorados y cinco florones encima; todo de estilo barroco. Encima de ella, de pie y sobre nubes se alza la estatua de San Isidro entre resplandores, con las manos alzadas y la cabeza

hacia el cielo. Así se puede ver en la actual Catedral o Iglesia de San Isidro de la calle de Toledo.

El cuerpo del Santo ha sido considerado siempre como una preciosísima joya por el pueblo de Madrid; de ahí el que las llaves de su sepulcro hayan estado en todo tiempo en poder de las diversas categorías que lo representaban. Como es natural, en varis ocasiones ha habido sus pleitos y diferencias, y seguir las paso a paso no conduciría a nada. La última vez que se abrió la urna sepulcral, en 1896, se hizo en presencia del Vicario general, en representación del Sr. Obispo, del Dean, Alcalde de Madrid, Párroco de San Andrés, D. Bernardo Hernández, del gremio de plateros, y del Conde de Paredes, descendiente de Iván de Vargas, cuyas tierras labró San Isidro.


Por una sesión del Ayuntamiento de Madrid, de 26 de Octubre de 1580, en que se hizo entrega de una llave a varios regidores, sabemos que, al recibirla, todos ellos juraron por Dios y Santa María, puesta la mano sobre los Evangelios, y por la señal de la Cruz, donde pusieron sus manos derechas, que no las darían a nadie, ni harían otras iguales, y si se quebrasen, pedirían permiso al Concejo para hacer otras nuevas (1).

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, 4-36-20, y Acuerdos, libro 21, folio 479.

Aquí vemos cómo hasta los más mínimos detalles referentes a la conservación del sepulcro y cuerpo del patrono de la Villa estaban reglamentados, y revestían una solemnidad desusada en otras cosas.

VIII

LA DEVOCIÓN DEL PUEBLO DE MADRID A SAN ISIDRO

QUIZÁS la nota más característica y sorprendente en la historia de San Isidro, es la devoción que le profesó el pueblo madrileño, apenas le arrebató la muerte a sus ojos. Esto sólo se explica por la extraordinaria santidad de su vida, que todos debieron admirar; pues aunque Madrid a principios del siglo XII era una modesta villa por el número de sus habitantes, es lo cierto que Isidro hubiera pasado desapercibido, como tantos otros labradores compañeros suyos, de no haber brillado esplendorosamente por todas partes los rayos de sus santas costumbres y los singulares prodigios obrados por sus oraciones. Se puede decir que desde los primeros momentos fué un Santo popular.

Juan Diácono nos refiere la devoción con que en su tiempo, es decir, en el siglo XIII, acudían al sepulcro de Isidro las gentes para pedir remedio a sus necesidades. Era particularmente querido y

honrado por los labradores. En los años 1232, 1252 y 1266, cuenta el citado biógrafo que se sacó su bendito cuerpo en procesión para implorar del cielo lluvia para las cosechas, y las tres veces llovió abundantemente. Con el mismo fin han sido sacados de entonces acá frecuentemente los restos del bienaventurado labrador, y siempre se han remediado las necesidades. La última vez que tuvo lugar este acto fué en Mayo de 1896; y hoy recuerdan muchas personas en Madrid, que, a pesar de que al salir la procesión el tiempo era espléndido, antes de volver a depositar el cuerpo del Santo en la Catedral comenzó a llover de veras, no cesando en ocho días consecutivos.

Testimonio elocuente de la devoción del pueblo madrileño hacia su patrono son el primitivo sepulcro con las pinturas que lo adornaban, la suntuosa capilla a él dedicada, la cofradía que con su nombre se instituyó, las visitas de las personas reales a su sagrada tumba, los cultos que en su honor se hacían aun antes de su canonización, y los esfuerzos realizados para que se le pusiera en el catálogo de los Santos.

La cofradía de San Isidro se remonta, por lo menos, al siglo XIII, pues Juan Diácono hace mención expresa de ella. Se han perdido los antiguos estatutos, pero en el Archivo Parroquial de San Andrés se conserva un cuaderno de diez folios, en per-

gamino (1), en que se contiene parte de unos redactados a 30 de Noviembre de 1487. La contrariedad que produce la mutilación de este código, que debía ser el original, se desvanece parcialmente, al saber que estas mismas constituciones están copiadas con toda garantía de autenticidad en varios de los tomos de los procesos. Estas ordenanzas respiran por todas partes piedad y sencillez. En ellas se regulan la vida corporativa de la cofradía, sus fiestas religiosas, el mutuo apoyo de los miembros y lo que hay que hacer por ellos, en tiempo de enfermedad, viudez, orfandad o muerte.

Esta cofradía se unió a la del Santísimo Sacramento, de la Parroquia de San Andrés, el 12 de Marzo de 1537. Más tarde, en 1751, se erigió en el Convento de Trinitarios Calzados de esta Corte la *Real Congregación de Seglares Naturales de Madrid*, bajo la advocación de *San Dámaso Papa y San Isidro Labrador*, que fué trasladada por Carlos III en 1769 a la capilla de Nuestra Señora de la Asunción de la Real Iglesia de San Isidro. Desde el tiempo de Fernando VI es el Rey su Hermano mayor. Los estatutos por que la Congregación se rige son de 12 de Julio de 1774 (2).

(1) *Archicofradía de San Isidro*, núm. 75. Cuaderno de 150 por 220 milímetros y 10 folios.

(2) *Real Cédula de S. M. y Señores del Consejo de la Cámara, de 17 de Julio de 1774*, por la que se prescriben las reglas y estatutos

En los procesos de canonización se da cuenta de las procesiones que la primitiva cofradía de San Isidro organizaba en honor de su patrono. Sabemos que en el siglo xvi se hacían tres; una en Mayo desde San Andrés a la ermita del Santo, situada en las riberas del Manzanares, a la que solía salir al encuentro otra procedente de Carabanchel; la segunda, en la octava del Santísimo Sacramento, y la tercera, el día de la Asunción, dirigiéndose de San Andrés a la Virgen de Atocha.

La devoción de los Monarcas españoles a San Isidro es proverbial; dejando a un lado las noticias dudosas referentes a las visitas que aun antes de ser puesto en los altares realizaron a su sepulcro Alfonso VIII, Enrique I y II, consta que le visitaron oficialmente Enrique IV, los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Después de la canonización no ha dejado ninguno de hacerlo; y el último de todos ha sido D. Alfonso XIII con su augusta madre, el 16 de Mayo de 1896. Algunos de estos actos han revestido solemnidad y caracteres conmovedores, especialmente cuando se trataba de impetrar alguna gracia singular. Por no repetirnos, recogeremos solamente la interesantísima relación que escribió el

que ha de guardar y cumplir para su régimen y gobierno la primitiva Real Congregación de Seglares Naturales de Madrid... Madrid, 1898.

P. Bleda, testigo ocular, «de la jornada que hizo la Villa y Clerecía de Madrid a Casarrubios del Monte, con el cuerpo de San Isidro, en la enfermedad del Rey Felipe III, a 16 de Noviembre de 1619» (1).

«Viniendo, dice, Su Majestad el Rey Don Felipe, tercero deste nombre, de Lisboa, y habiendo llegado a 12 de Noviembre de 1619 a Casarrubios del Monte, enfermo, se detuvo, con parecer de los médicos, porque la enfermedad mostraba mucha malicia. Vino a Madrid la nueva de su enfermedad, y habiendo traído la Santa imagen de nuestra Señora de Atocha en procesión al Monasterio Real de las Descalzas, viernes, 15 del mes de Noviembre, luego el sábado siguiente, a 16 del mismo mes, vino de Casarrubios del Monte D. Francisco de Villacís, Corregidor de Madrid, con tristes y lastimosas nuevas de que a su Majestad se había agravado la enfermedad, de suerte que los médicos dudaban mucho de su salud. Hizo Madrid el más notable sentimiento y muestra de amor que vasallos han mostrado a Príncipe, porque no se oían por las calles sino sollozos y lamentos. Tomó Madrid resolución a instancia del Corregidor, que presidía en el Ayuntamiento, y fué el promotor de casi todas las

(1) *L. c.*, lib. II, pág. 150.

diligencias que se hicieron con este Santo y la Virgen de Atocha en esta ocasión, para acudir en tan precisa necesidad a valerse del auxilio y amparo de sus grandes Patronos. Y habiéndolo consultado con el Ilustrísimo D. Fernando de Acevedo, Presidente del Consejo Real de Castilla, se acordó que luego se sacase el Santo cuerpo, y se hiciese una procesión general al Monasterio Real de la Encarnación. Hízose a las once de la mañana, yendo en ella los señores Presidentes y todos los Consejos, y todas las Religiones, con velas encendidas, acompañando al Santo cuerpo con gran devoción y lágrimas. Fué revestido el M. Alonso Franco, Cura de la Iglesia de San Andrés, donde está colocado el santo cuerpo, y dijo la Misa del glorioso Santo, que fué la primera que se celebró después de su beatificación.

Estándose celebrando las Misas, llegó un correo agravando las tristes nuevas de la enfermedad de Su Majestad, diciendo le había dado un paroxismo, que por un rato le había privado de los sentidos. Tomó Madrid resolución de llevar el Santo a Casarrubios del Monte. Prevínose una litera en que fuese el Santo cuerpo en su caja de terciopelo carmesí, cubierta con un paño de brocado. Fuéle acompañando a caballo, con hachas encendidas, la Religión y música de los Padres Agustinos, y en coches todo el Cabildo de la Clerecía y Regimiento

de la Villa de Madrid. Salieron de esta Villa a las tres de la tarde, con gran devoción y lágrimas, y llegando a las diez de la noche, paró el Santo cuerpo en la ermita de San Sebastián, que está un tiro de arco de la Villa, para que el día siguiente se llevase a Palacio en solemne procesión, ordenándolo así Su Majestad, que recibió gran consuelo con la llegada del Santo, estando ya mucho mejor, y habiendo sido su mejoría a las once de la mañana, que fué al mismo punto que en Madrid se comenzó la procesión del Santo.

Luego el domingo siguiente, diez y siete de Noviembre, por la tarde, a las tres, se previno una solemne procesión, viniendo toda la clerecía, cera y cruces de las aldeas comarcanas. Fué revestido en la procesión el Doctor Andrés Aresti, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia de Toledo y Vicario general de la Villa de Madrid; llevaba las llaves del arca del cuerpo Santo D. Francisco de Villacis, Corregidor de Madrid, y el Maestro Franco, Cura de la Iglesia de San Andrés. Llevaban el arca del Santo seis capitulares de la Clerecía de Madrid, que fueron el Licenciado Juan Fernández, el Licenciado Arze, el Licenciado Serrano, el Doctor Juan de la Peña, D. Martín de Morales y el Licenciado Zaballos. En entrando el cuerpo Santo en la Villa, se apeó de una ventana, donde le estaba esperando, el Sereníssimo Príncipe D. Felipe nues-

tro Señor (que hoy reina felicísimamente), acompañado del Ilustrísimo Cardenal Zapata y de algunos grandes de Castilla, entre los cuales estaban los Excelentísimos Duques de Uceda, Duque del Infantado, Duque de Sesa, D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, el Duque de Pastrana, Almirante de Castilla, Duque de Sesa, Conde de Benavente, Marqués de Velada y otros muchos grandes señores y caballeros, y todos fueron acompañando el Santo cuerpo hasta Palacio.

Entrando al aposento de Su Majestad, estaba puesto delante de la cama un sitio de terciopelo carmesí, sobre que se puso el arca del Santo, y estando incorporado Su Majestad en la cama, y a su cabecera los Serenísimos Príncipes, Princesa de España y la Serenísimas Infanta Doña María; puesto de rodillas el Doctor Aresti, abrió el arca del Santo, que estaba cubierta con tres velos bordados de las armas de Madrid. Hizo oración Su Majestad con grande devoción, y preguntando por el aguijada del Santo, la veneró y besó, junto con sus Serenísimos Príncipes hijos. Desató el Doctor Aresti un listón que el Santo tenía al cuello, en que pendía una bolsilla de ámbar, bordada de oro, en la que había un dedo y tres dientes del Santo, y dándola a Su Majestad, la besó y metió en el pecho, con gran veneración y contento, y mandando sacar el Santo cuerpo, para que en la sala de afuera le

venerasen las damas y caballeros, se mostró Su Majestad con palabras graves agradecido a la Clerecía y Ayuntamiento de Madrid, por el amor y voluntad con que le habían consolado con tan Santa reliquia, llegando a besar su real mano el maestro Franco, Abad del Clero, y D. Francisco de Villacis, Corregidor de Madrid.

Hecho esto, se continuó la procesión a la Iglesia Parroquial de Santa María, que está cerca del Palacio, donde con gran música se dixo una Salve a Nuestra Señora de Gracia, que es una santa imagen de los Agustinos que allí había sido llevada en procesión, con oración del Santo; dió su bendición el Ilustrísimo Cardenal Zapata, y acabóse la procesión a las ocho de la noche, siendo muy notable y conocida la mejoría de Su Majestad.

El lunes empezó Madrid una novena de Misas cantadas, con gran solemnidad y música, delante del cuerpo Santo, diciendo las Misas el Maestro Alonso Franco, Abad de la dicha clerecía y Cura de la dicha iglesia de San Andrés; y acabada la novena, porque ya estaba Su Majestad sin calentura, tomaron su licencia para volver el cuerpo del bendito Santo a su casa; y habiéndola Su Majestad dado, a las dos de la noche, estando ya todos a caballo y el Santo en su litera, llegó Eugenio Marbán, ayuda de Cámara de Su Majestad, diciendo: Que a Su Majestad había vuelto la calentura y que

no se partiese el Santo cuerpo, porque le quería venir acompañando; volvióse el Santo a la Iglesia, y continuando las plegarias, le duró tres días a Su Majestad la calentura.

Después de los cuales, entrando Su Alteza el Príncipe a Su Majestad, le dixo: «Basta, Señor, que dicen que hasta que Vuestra Majestad vuelva la reliquia al Santo no ha de estar bueno»; y Su Majestad respondió: «Lo que sé deciros es, que desde que me la puse se me quitó la calentura y no me volvió hasta que, pareciendo que me embarazaba, la puse a una parte de la almohada, y luego me volvió la calentura y me duró hasta que, acordándome de la Santa reliquia, me la volví a poner, y nunca más me ha venido la calentura, y así no me la pienso quitar.»

Con esto, estando ya Su Majestad convaleciente, les pareció a los médicos se podía poner en camino, mandando partiese el Santo cuerpo media hora antes que Su Majestad. Salió aquí el Santo cuerpo de Casarrubios a las once del día, miércoles 4 de Diciembre, en una litera guarnecida de raso carmesí con pasamanos de oro, con cuatro faroles de vidrio a las cuatro esquinas, con seis hachas, y a caballo la Religión de los Agustinos y villa y clerecía de Madrid, con hachas encendidas. Hizo noche en Alcorcón, y Su Majestad en Móstoles, saliendo las aldeas a recibir el Santo cuerpo

con procesiones, danzas y luminarias, que causaba gran alegría y devoción.

El día siguiente, jueves 5 de Diciembre, salió una gran procesión de la Villa de Madrid, de más de dos mil hombres a caballo, con hachas encendidas, y salieron una legua, estando los campos poblados de tanta gente, que tardó el cuerpo Santo en andar la postrera legua desde las doce del día a las siete de la noche, viniendo Su Majestad en su litera acompañándole; porque cerraba la noche, se adelantó por causa del sereno.

Al entrar en Madrid estuvo viendo pasar la procesión desde las ventanas de Palacio, que fué al Monasterio de la Encarnación, donde aquella noche y el día siguiente quedó el Santo cuerpo en un altar al lado del Evangelio. Ultimamente, sábado 7 de Diciembre, hizo Madrid una solemnísimá procesión general en que fueron todos los Consejos y Religiones con velas encendidas, llevando a su casa el cuerpo Santo, dando a nuestro Señor muchas gracias por la merced que por su intercesión había hecho a toda la Cristiandad, de dar entera salud a Su Majestad, teniendo por cierto que la recibió de su mano.

Era cosa de admiración ver el dolor y quebranto que mostraban todas las gentes adondequiera que llegó la nueva de la enfermedad de este piísimo monarca. Yo me hallé a la sazón en Madrid;

y doy fe que me quebrantaron el corazón a cada paso por las calles los llantos, suspiros y sollozos que oía: todos iban derramando lágrimas y rezando, pidiendo a Dios misericordia y la salud de su Rey con tiernísimos pechos, con vehementísimos deseos.»

IX

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE ISIDRO, Y FIESTAS QUE CON ESTE MOTIVO SE HICIERON EN MADRID



o estaba satisfecho el pueblo de Madrid con la veneración particular tributada a su paisano, y quería que se declarase su Santidad oficialmente por la Sede Apostólica. Tomó este asunto tan a pechos, que en veintinueve años lo vió concluído. El 25 de Marzo de 1593 escribió el Rey Felipe II al Duque de Sesa, su embajador en Roma, para que lo negociase cerca de Clemente VIII. Al mismo tiempo, el Ayuntamiento de la Villa, reunido en sesión el 6 de Abril del mismo año, nombró a Fernando Méndez de Ocampo, a Diego de Salas Barbadillo y a Fray Domingo de Mendoza, procuradores de la causa (1). Por su parte, el Cabildo de Curas y Beneficiados de Madrid no se dió reposo por conseguirlo (2); pero el alma de todo

(1) Archivo de la Catedral de Madrid. *Procesos*, tomo I, fol. 7.º

(2) Los documentos referentes a esto los ha publicado D. Justo V. López, Cura párroco de San Miguel de Madrid, en el interesante librito: *Tercer centenario de la Canonización de San Isidro Labrador*, Patrón de Madrid.—Madrid, 1921.

el proceso fueron Salas Barbadillo y Mendoza. Recibida la orden de Roma, mandó el Arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga, al Vicario de Madrid, D. Juan Bautista Neroni, procediese a recoger los datos sobre la vida, virtudes y milagros de San Isidro, empleando en ello tres años. El Nuncio de Su Santidad en España, D. Camilo Cayetano, en 21 de Febrero de 1596 comisionó a Fray Domingo de Mendoza para que hiciera lo mismo. En 23 de Agosto de 1597, el Archiduque Alberto, entonces Arzobispo de Toledo, encargó de nuevo a D. Domingo de Mendieta, Canónigo de Osma y Vicario general de Madrid, formara otro proceso, que era ya el tercero. Entretanto, murió Felipe II el 13 de Septiembre de 1596, y quedó estancada la causa del Santo hasta 1611. Por este tiempo escribió su sucesor, Felipe III, al Papa Paulo V, por medio de su embajador en Roma, D. Francisco de Castro, rogándole encarecidamente despachase pronto el asunto. Para que le fuera esto más fácil, le remitió un nuevo proceso, formado con los tres hechos anteriormente. Su Santidad lo entregó a tres Oidores de la Rota, y juzgando éstos que aun no estaba el negocio suficientemente estudiado, se mandó redactar otros dos procesos, uno compulsorial de los anteriormente escritos, y otro remisorial, que contenía la vida de Juan Diácono, algunos otros documentos y las declaraciones de 265 testigos. Estos

fueron hechos por D. Bernardino de Rojas y Sandoval, Arzobispo de Toledo; Fray Francisco de Sosa, de los Menores Observantes, y D. Juan de Noces, Canónigo de Cartagena (1).

Como vieran en Madrid que a pesar de todas estas diligencias no se terminaba la causa, resolvieron enviar a Roma a D. Diego Barrionuevo, caballero del Hábito de Santiago y Regidor perpetuo de la Villa, que por haber sanado de la gota por intercesión del Santo, tenía gran empeño en su glorificación. Partió D. Diego a la ciudad eterna, y tal maña se dió, que al poco tiempo obtuvo de Paulo V el decreto de beatificación de Isidro, firmado en Santa María la Mayor, a 14 de Junio de 1619, fijando su fiesta el 15 de Mayo con Oficio y Misa propios, para España, Portugal y las Indias. Apenas llegó la noticia a Madrid, se desbordó el entusiasmo. Sin embargo, para que pudieran celebrarse las fiestas con la solemnidad que el acontecimiento requería, las aplazaron hasta el 15 de Mayo del año siguiente. He aquí lo que entonces se hizo, según una relación inédita de la Biblioteca Nacional (2):

«Empezáronse las fiestas de la Beatificación de San Isidro, patrono de esta Villa de Madrid en ella,

(1) Los tomos de los procesos que hay en el Archivo Catedral de Madrid son trece, todos en folio y gruesos.

(2) Manuscrito 2.351, folios 554-539.

viernes, a 15 de Mayo de este año de 1620, habiendo prevenido todo lo necesario para ellas en esta forma: Hiciéronse tres arcos triunfales para este día, el primero en la plazuela de la Cebada, que tenía de alto 80 pies, y se pasaba por debajo por un arco; fué muy bien adornado de ysterias, enimas y jeroglíficos en alabanza del Santo; pintado de diferentes colores, imitado de mármol blanco, y tenía por remate en un nicho a San Isidro sobre un trono de Angeles, y arremataba por los lados en cuatro cornicopias sobre pedestales, llenas de espigas y flores, símbolo de la abundancia con que Madrid este día acudía al cumplimiento de sus obligaciones; remataban estos pedestales y cornicopias con cuatro armas de la Villa, y el remate último del arco era de términos y pirámides revestidos de follajes.

El segundo arco fué en la calle de Toledo, antes de la encrucijada que hace la calle que sube de la puente a Santa Cruz. Entrábase por lo bajo de él por tres partes de arco; tenía de altura 60 pies; fué adornado de estatuas y figuras de bulto, fingidas de bronce, de diferentes virtudes y con insignias en las manos, que demostraban el conocimiento de ellas; tuvo pintadas diferentes historias, y la principal que había sobre la puerta de en medio era la Beatificación que por petición de la Villa de Madrid ha hecho y concedido Su Santidad a San Isidro; y

en ella se mostraba Su Santidad asentado; y de rodillas la Villa recibiendo esta merced de su mano; remataba este arco con un cuerpo que tenía en lo alto un frontispicio y por remate un San Isidro de bulto con una ahijada en la mano derecha, y a los lados del dicho remate tenía un andén de corredores, donde, al pasar de la procesión, hubo diferentes músicas de ministriles, y por las esquinas de lo alto y bajo fué adornada de gallardetes de tafetán, de colores verde y naranjado.

El tercer arco se hizo en la plazuela de San Salvador, y tuvo de alto 70 pies; fué adornado de diferentes figuras de bulto, fingidas de bronce, de diferentes Sumos Pontífices; y se puso dos bultos, que el uno era el de San Isidro y el otro el de su mujer, sobre dos pedestales a los lados de la entrada, arrimados al arco, que significaban aquel milagro, cuando sobre las aguas del Jarama vió pasar el Santo a su mujer; era adornado asimismo este arco de diferentes compartimientos y cuadros, y en ellos, de pintura que imitaba a bronce, muchos milagros del Santo.

Hicieron las Ordenes a compitencia en diferentes puestos muchos altares. El primero hizo San Francisco antes del Humilladero, en la plazuela de la Cebada, revestido de romero, que por la diferencia del Ordinario fué muy de ver.

El segundo altar hizo el acimilero mayor de Su

Majestad a la puerta del Hospital de la Pasión, en forma de havada.

El tercero hicieron los Padres de la Compañía de Jesús a la puerta de sus Estudios. Ese fué muy rico, porque fué revestido todo y adornado de bufetes de plata, reliquias, flores y luces; y junto a él hicieron un tablado, donde al pasar de la procesión se representó por los estudiantes un pequeño coloquio en verso, en alabanza del Santo, que fué todo el tablado compuesto de diferentes jeroglíficos y enigmas de diferentes poesías.

El cuarto altar hizo la Orden de Nuestra Señora de la Merced, en la calle de Toledo, en la esquina, antes de entrar a la calle de la Compañía; este tuvo mucha diferencia de los demás, así en su forma como en diferentes jeroglíficos pintados, escritos en lengua latina que adornaban todos los pisos y pedestales del dicho altar.

El quinto hizo la Religión de Santo Domingo en la Plaza Mayor, en la bocacalle de la Ropería; tuvo de alto 60 pies y tuvo de largo otros 60, y en forma ochavada y cuadrada; tenía 16 gradas que remataban en tres arcos que en el medio había Nuestra Señora y San Isidro de rodillas, y en los dos arcos pequeños de los lados había Santo Domingo y San Jacinto, de bulto, vestidos de joyas.

El sexto hizo la Trinidad en la bocacalle que va de la puerta de Guadalajara a la de Santiago, de

diferentes formas de arcos, y remataban en una palia de joyas de mucho valor; fué alumbrado este altar de cuatro hachas que en un tiempo daban luz, y en medio de ellas salían cuatro fuentes de agua.

El séptimo hizo San Agustín en la calle de Santa María, donde se atajó enfrente de la Platería; este altar remató con un San Isidro vestido de joyas.

El octavo hizo en las espaldas de la Casa del Cardenal de Toledo, como se baja de San Salvador a San Pedro, por la Orden del Carmen, en que se demostró el Monte Carmelo, y en él, de bulto, los Santos y Santas de su Religión.

El noveno hizo la Victoria, enfrente de la casa de D. Alvaro de Benavides, como se sube a San Pedro; fué diferente de los demás.

Fueron muy de ver así por la grandeza que en ellos se puso de joyas y reliquias, que pareció que todas las del mundo se habían juntado para esta ocasión, y se trajeron para ello de Valladolid, Toledo, Segovia y otras partes, en que mostraron las Religiones la voluntad con que este día sirvieron al Santo. Fueron diferentes pensamientos y trazas que ninguno por su camino dejó de tener mucho que ver, así en curiosidad, grandeza y riqueza.

Colgáronse todas las calles desde de San Andrés, y por todas las calles dichas por donde anduvo la procesión, y para sólo ella se hicieron mu-

chos tablados, ventanas y balcones, y todo fué poco para la gente que este día se vió en Madrid, así de la Corte como forastera.

Viernes, a las diez del día, fué Su Majestad y Príncipe Filiberto, Gran Prior de San Juan, a Misa a San Andrés, habiendo venido sólo a estas fiestas de Aranjuez el día antes, donde al presente estaba. Dijo la Misa de Pontifical el Arzobispo de Burgos, Presidente de Castilla; asistieron a ella el Cardenal Zapata, los Embajadores, el Nuncio de Su Santidad, Grandes, Mayordomos y Caballeros que acompañaron a Su Majestad este día, el cual tuvo en su Cortina y sitial en público, como suele en todas las fiestas solemnes, acompañado de las guardas Española, Tudesca y de los Arqueros que acompañaron su persona. Predicó el Padre Florencia, de la Compañía de Jesús; y estuvo la Iglesia muy bien colgada de las tapicerías ricas de seda y oro de Su Majestad; ofició la Misa la Capilla Real, y asistieron a ella los Capellanes de honor, y acudieron este día a San Andrés todos los oficios necesarios de la Casa Real, que asisten cuando Su Majestad sale afuera a fiestas semejantes, donde Su Majestad va. El cual, en comiendo, salió de Palacio, acompañado de sus hijos, Damas y Caballeros de su Cámara, Mayordomos y Caballerizos; pasó las calles por donde este día había de pasar la procesión, y vió los arcos y altares, y vino a pasearse para ver pa-

sar la procesión casa del Almirante de Castilla, que son las casas de D. Alvaro de Benavides, enfrente del altar postrero que hizo la Victoria. Tuvo el Almirante muy bien colgada y aderezada la casa y las ventanas donde Su Majestad y Altezas, Damas y Señoras vieron la procesión, y les dió de merendar con la grandeza y regalo, que la ocasión lo pedía.

A las tres en punto empezó a salir la procesión, la cual dió principio con trombetas y atabales; y allí seguían los niños de la Doctrina y expósitos, pendones y Cofradías de los lugares, cinco leguas a la redonda de Madrid, que vinieron con sus pendones, cruces, danzas, curas y beneficiados de cada uno, pendones de las Parroquias y Cofradías de Madrid, y Cruces, y también las Ordenes con sus Cruces y Reliquias, como suelen en todas las procesiones generales y día del Corpus. Tardó en salir y componer la procesión de San Andrés hasta las seis de la tarde que salió el Santo, al cual acompañó gran cantidad de hachas, así de la Cofradía del Santo y sus devotos, como de muchos sacerdotes con sus sobrepellices.

Iba el cuerpo del Santo en una urna de plata y bronce que hicieron los plateros de Madrid y le ofrecieron este día, de tres varas de largo y otras tres de alto, muy bien adornada de diferentes ornamentos de bronce y plata, la cual tenía por remate

un San Isidro de bulto, de una vara de alto; y porque en peso sería de 60 arrobas, se hizo un carro, el cual movía gente por debajo con un artificio, para que con facilidad se moviese a todas partes, y la urna fuese a nivel, aunque fuese el carro cuesta arriba y cuesta abajo.

Los cordoneros ofrecieron este día un palio hecho de su profesión y de gran valor, al cual acompañó todos los oficiales de su gremio con hachas blancas, y le llevaron en esta forma en la procesión. Los mercaderes dieron para este día un terno blanco de tela de oro muy rica, y los demás oficiales acudieron con grandes limosnas cada uno, conforme su posibilidad.

Acompañó a la procesión todos los Consejos y sus Presidentes y la Villa hasta donde Su Majestad aguardó, y llegado allí el Santo, bajó de la ventana, do estaba, Su Majestad y acompañado de sus hijos, Mayordomos, Grandes y Embajadores y guardas, que todo estuvo prevenido para este efecto, acompañó Su Majestad al Santo hasta dejarlo en San Andrés; que fué muy de ver así la cantidad de gente que concurrió, danzas, Ordenes, Cofradías, Cruces, que al fin se vió al entrar y salir de San Andrés, que fué una de las mayores vistas y confusión que se vió jamás. Desde allí Su Majestad dió vuelta a las calles, y a ver las luminarias dellas y de la plaza, que esto duró hasta las diez de

la noche, y el concurso de la gente hasta las doce. Pusiéronse luminarias en los arcos y en diferentes puestos de las calles y plaza, trompetas, chirimías y atabales donde esta noche dió fin la fiesta de mayor solemnidad que se ha visto en Madrid jamás.

Sábado siguiente se hicieron tablados en las plazas de Palacio, Mayor, San Salvador, en la del Monasterio de la Encarnación, donde se representaron diferentes comedias.

Martes siguiente, a las cinco de la tarde, se hizo una máscara de diferentes invenciones y carros, la cual empezó dede el prado de San Jerónimo, y vino por la calle Mayor a Palacio, donde Su Majestad la vió. Empezó con música de chirimías y trompetas a caballo con libreas de los colores de la Villa; y a ella seguía un carro tirado de dos camellos, y en él una montaña, y sobre ella el caballo Pegaso, de cuya altura se despeñaba una fuente tan nombrada de los poetas, y al pie de ella las Musas con diferentes instrumentos tañían y cantaban. Y a ese carro acompañaban muchas figurás a caballo muy bien vestidas y con diferentes insignias en las manos. Todos los famosos poetas, como fueron Virgilio, Horacio, Cicerón, el Petrarca y otros. Detrás deste acompañamiento se seguía otro carro en el cual se demostraban los cuatro tiempos del año: Primavera, Verano, Estío e Invierno, muy bien vestidos y adornados, y a este carro acompañaban

mucha diversidad de danzas, que al son de instrumentos unos segaban a otros; otros haciendo diferentes acciones con instrumentos en las manos significativas y correspondientes a los cuatro tiempos del año, con diferentes figuras a caballo como son los meses y otros. El tercer carro fué tirado de dos palomas; era muy bien adornado y en él venían Venus y Cupido, a los cuales acompañaban diferentes danzas y regocijos y diferentes figuras a caballo. El cuarto carro era a quien se atribuye la invención de beneficiar el hierro, Vulcano: iba sentado sobre un monte, y al pie dél una fragua a la cual acudían por diferentes partes muchos ministros suyos, unos que soplaban los fuelles, otros a calentar diferentes hierros y otros a machacarlos, con diferentes figuras aplicadas a este mismo pensamiento. El quinto carro tiraban dos monstruos, y en lo alto dél iba sentado el dios Baco coronado de pámpanos, a quien acompañaban muchas y diferentes figuras que movían a risa, unas a pie y otras a caballo, todos de personas contemplativas deste tal dios o a lo menos de su profesión. El sexto carro era muy bien adornado, y en él iba la diosa Ceres, la cual iba asentada en medio de un templo y a su lado una cornicopia, donde iba sacando y derramando con las manos mucha diversidad de flores y verduras, por ser esta diosa a quien se atribuyen los campos y sus verduras, a quien

acompañan los ríos, por cuyo medio se fertiliza la tierra, campos y prados, y asimismo la acompañaban diferentes danzas que a las demás. En el séptimo carro iba el dios Neptuno, señor de la mar, el cual iba asentado sobre una concha y con su tridente guiaba dos monstruos marinos, y en las aguas se veían diferentes pescados pintados a la redonda del carro, y le acompañaban los cuatro vientos, y a caballo los inventores de la navegación y hombres insignes en esta facultad; y el pensamiento de esta máscara fué hasta aquí mostrar que los gentiles creyeron en diferentes dioses, los cuales se llamaron de la gentilidad, y que San Isidro, siendo un rústico labrador, había creído en un solo Dios verdadero, como lo demostraba una letra que llevaba. El octavo carro, donde iba el Santo, con aquel tan señalado milagro que Dios obró con él siendo ayudado de los ángeles a arar las tierras y campos de Madrid, mientras San Isidro oraba. Delante de este carro iba una danza de música de ministriles sobre unos cuecos que al son de su música bailaban diferentes danzas que acompañaban el Santo. Tras este carro pasó otro en que venía un gigante de 40 pies de alto con una gran maza en la mano, muy bien aderezada de invenciones de fuego, y a él seguía otro carro, que era el décimo, donde iba el dios Marte en un trono de invenciones de fuego, y en lo bajo de él asentados cuatro hombres,

armados con lanzas en las manos de invenciones de fuego; estos dos carros pararon enfrente de la ventana, donde Su Majestad y Altezas estaban, y al son de pífanos y atambores salieron los cuatro armados del carro de Marte, hicieron un torneo de fuego y un pasquín sobre otro carro pequeño, y acabado se dieron fuego a las invenciones de estos dos carros; donde se vió gran cantidad de cohetes y bombas y ruedas de fuego, que fué de admirable vista el ruido y truenos causados de la invención de la pólvora, como de los coches, caballos y gente de a pie que cubrió este día la plaza de Palacio y calles de Madrid.

Jueves se previno en la Plaza Mayor de Madrid un castillo que llamaron de la prefeción, para cuya aventura se puso tres días antes de la fiesta un cartel imitando en esto a los libros de Caballería, donde contaba de la aventura de las dificultades que había para subir al castillo, y cómo estaba pronosticado que un labrador humilde había de acabar y vencer los encantamentos dél. Hízose un tablado de 120 pies en cuadro, el cual levantaba del suelo ocho pies; y en medio dél se hizo una montaña con frutas, vinos, árboles, hierbas y flores con varios animales pintados y verdaderos, y en la cumbre se hizo un castillo con sus torres y almenas, estandartes y gallardetes, pintadas en ellos las armas de Su Majestad y desta Villa, cuya vista principal, así del

castillo como de la montaña, miraba a la Panadería, y para guarda de la plaza, que tenía el tablado principal, en la circunferencia dél se pusieron en las esquinas torres, para la guarda del adornado a la redonda de muchas y diversas formas de fuegos con bandereta de diferentes colores; subíase a la montaña por dos subidas o caminos: uno por entre peñas que subía a lo alto, y el principio dél en la falda de la montaña había una puerta con un padrón escritas las siguientes letras: «Aquí llegan sólo los osados y entran sólo los humildes.» El otro camino del otro lado correspondiente, éste era entre árboles y amenidad, y subía hasta la mitad y daba fin en una peña grande sobre la cual está una ermita de una pequeña forma; fué muy de ver el aparato desta fiesta a la cual salió Su Majestad de Palacio a verla, acompañado de sus hijos, Grandes, Mayordomos y Guardas, a las seis de la tarde, porque tuviese fin cerca de la noche por la vista de los fuegos.

Y al punto que Su Majestad se puso a la ventana, empezaron del castillo trompetas y atabales y chirimías con otros diferentes instrumentos, a cuyo son se aparecieron por cada lado de la montaña dos distintos ejércitos de gente de guerra, muy bien vestidos a lo antiguo y romano, que, habiendo paseado el tablado, empezaron a diferentes escaramuzas de baile; y acabados, se hizo una pequeña

representación de los milagros de San Isidro; el cual salió arando la tierra con dos bueyes, y en breve rato salieron los ángeles a ayudarle en el ínter que él oraba; a ese tiempo salió Iván de Vargas a caballo, figura que representaba su amo, y que habiendo llegado adonde el Santo estaba, y pidiéndole de beber, como la Historia cuenta, el Santo, y Dios por él obró aquel milagro de la fuente; habiendo dado con la aijada en la montaña, se vió salir un caño de agua que se despeñaba por la montaña abajo, y habiéndose ido Iván, prosigue el Santo por el camino de la montaña, paró en una peña, quiso romperla para pasar, abrióse y salieron diversas aves y animales; asomóse a la puerta de lo alto de la ermita un ángel, que dijo con señas a Isidro que no era aquel el camino. Entrado el Santo en lo espeso de la montaña, salió al tablado con pífanos y atambores con diferente gente de acompañamiento: la gentilidad en forma del Emperador Romano, el cual quiso vencer las Guardas del Castillo, que eran diferentes animales de sierpes y dragones, que con cuatro ginetes guardaban las puertas de la montaña, los cuales combatieron con la gentilidad y la vencieron, y aprisionaron dentro de una cueva que guardaban dos salvajes. Entró la secta de Mahoma en figura de un turco; sucédele lo mismo a él y a la herejía y judaísmo; sale el Santo, llega a probar la aventura, y la aijada se trans-

formó en una cruz con la cual vence la primera puerta; sube a lo alto de la ermita, donde salen ángeles a confortarle; empezó la música y el demonio estremeció la montaña, como sintiendo la victoria.

Empezaron los fuegos, los cuales fueron varios y continuos; y aunque esto tuvo el más gallardo principio que en materia de fuego se ha visto, parece que aquí el demonio quiso hacer la representación al vivo, tomando por medio a uno de los que tiraban los cohetes de lo alto del castillo, para que, despidiendo uno, metiese dentro del mismo castillo, el cual emprendió las invenciones de fuego y prevenciones que para ellas tenía, y en un instante se vió arder el castillo y la montaña y tablado, cuya altura tenía 50 pies de alto; el cual despidió tantas diferencias de fuego sin cuenta y sin razón, que el fuego cubrió el aire y desembarazó el suelo, y se vió quemar todo el aparato que, aunque fué de extraordinaria vista, fué de sentimiento por las desgracias que sucedieron, estando a pique de quemarse la plaza por ser tan grande el calor, que apenas se pudo estar a las ventanas, despidiendo con el aire algunas chispas que con cuidado tuvo a los dueños de las casas, con que dió fin a ese día la confusión; con cuya claridad del fuego se desembarazó en breve rato. El fuego duró hasta las dos de la noche.

El último día de la octava por la tarde en San

Andrés se vió la poesía que todos los de esta facultad han hecho al certamen poético, que la Villa puso con diferentes premios de seda, plata y oro en alabanza del Santo a diferentes pensamientos. Y estando presente los jueces nombrados para este efecto con la Villa en un tablado, que se hizo en el cuerpo de la Iglesia, se leyeron todos los trabajos hechos por los poetas naturales y extranjeros, y principalmente se dieron los premios. Fueron muy de ver tan diferentes pensamientos: que deste género fué lo mejor que jamás se ha oído.

Todos los nueve días de la octava desta fiesta se ha tenido al Santo en la urna de plata ofrecida por los plateros, en un altar que se hizo en medio de la Capilla Mayor, y cada un día de ellos se ha dicho Misa cantada y Vísperas con gran música, y han predicado todos los buenos sujetos de la Corte, y a ellos ha concurrido gran cantidad de gente. La Villa ha asistido con la puntualidad, gasto y grandeza que en las demás ocasiones que son a su cargo suele.»

De la justa poética diremos algo después. Ahora sólo añadiremos que D. Diego Barrionuevo siguió en Roma trabajando por la canonización de San Isidro, que tuvo lugar el 12 de Marzo de 1622 por el Papa Gregorio XV. Repitiéronse en Madrid las fiestas, si cabe con más solemnidad que dos años antes, ayudando a ello la coincidencia de haberse

unido a la Villa, por expreso mandato del Rey, los Jesuítas y Carmelitas que celebraban también la canonización de San Ignacio, San Francisco Javier y Santa Teresa (1).

(1) Existen varias relaciones de estas fiestas. Desde luego la oficial de Lope de Vega, impresa en 1622. En la Biblioteca Nacional, manuscritos 2353 y D. 136, 381. Colección de Jesuítas, tomo CXVIII, núm. 73; una relación publicada por el Licenciado Miguel de León, sin año y lugar de impresión.—En la R. Ac. de la Historia, colección Jesuítas, tomo 76, núm. 1; tomo 117, núm. 3.

«EL ISIDRO.» POEMA CASTELLANO DE LOPE DE VEGA



El insigne Lope de Vega mostró una predilección especial por San Isidro; como que escribió sobre él de 1599 a 1622, aparte de los trabajos de las justas poéticas con motivo de su beatificación y canonización, un poema y tres comedias; a saber: *El Isidro*, *San Isidro Labrador de Madrid*, *La niñez de San Isidro* y *La juventud de San Isidro*. Vamos a examinar brevemente todas estas obras literarias.

Pero antes es preciso advertir que las razones que movieron a Lope a consagrar tantas páginas a un mismo tema, fueron, según se desprende de sus prólogos y de sus cartas al Padre Mendoza, su devoción al Santo, como legítimo madrileño que era, el interés que el asunto despertaba en el público español, que por aquel entonces trabajaba con todo ahinco por que Isidro fuese elevado a los altares, y el cariño que siempre sintió Lope por el campo y los humildes.

Menéndez y Pelayo prometió hacer un estudio comparativo de estas cuatro piezas poéticas y fijar sus fuentes; pero la promesa no pasó de ahí. Por lo que se refiere a las fuentes, no cabe la menor duda de que Lope bebió las noticias en la tradición y en los papeles que le dejó el P. Mendoza, comisario Pontificio desde 21 de Febrero de 1596 en el asunto de la canonización del patrono de Madrid. Esto consta por la correspondencia de ambos, inserta en los prolegómenos de *El Isidro*.

Este poema castellano (1) fué el primero que dió a la estampa el gran vate madrilleño el año 1599; y alcanzó tal popularidad, que en menos de cuarenta años hubo que reimprimirlo cinco veces, una en 1602, otra en 1603, luego en 1608, 1613 y 1638.

El poema es inmensamente largo, demasiado. Con decir que consta de diez cantos y más de diez mil versos, está dicho todo. Se ha notado muy bien que hay en él aspectos del Romancero, de comedia de santos, de auto sacramental y hasta de comedia profana. En su conjunto es un centón de cosas; pues al lado de la vida de San Isidro, que constituye

(1) *El Isidro*. Poema castellano de Lope de Vega Carpio, Secretario del Marqués de Sarria, en que se escribe la vida del bienaventurado Isidro Labrador de Madrid, y su patrón divino, dirigida a la muy insigne villa de Madrid.—En Madrid. Por Luis Sánchez. Año 1599, en 12.º, 32 págs., sin numerar + 255 folios + 18 págs., sin numerar.

su fondo, ha encontrado ocasión el poeta de lucir su erudición clásica, mitológica, teológica, escriturista e histórica. Claro que en una difusión tan grande se tropieza con párrafos aburridos y de escaso interés; pero, en cambio, hay otros verdaderamente primorosos. Nuestros lectores podrán gustarlos por sí mismos.

1

El poeta narra en estos términos el nacimiento de Isidro, su educación virtuosa y cómo, muertos sus padres, los labradores vecinos tratan de casarle.

Nació en Madrid finalmente
nuestro labrador divino,
y aunque acá villano vino,
volvió ilustre y excelente
al trono del Uno y Trino.

No anduvo en juegos ningunos
con muchachos importunos,
ni juró como lo hacen,
casi primero que nacen,
el nombre de Dios, algunos.

Crecía Isidro, y en él
la virtud y el ejercicio;
sin ofenderle este vicio,
ni en el ser a Dios fiel,
ni en las cosas de su oficio.

A la hacienda que tenía
iba Isidro cada día,
oyendo misa primero,

porque era Dios el lucero
con que Isidro amanecía.

Miraba las maravillas
que el verde campo brotaba,
y a Dios tantas gracias daba,
que las aves por oillas,
mudas entonces dejaba.

Mil veces las plantas bellas,
porque él las suyas en ellas
pusiese, iban a besallas,
y él huía de pisallas,
que debía de entendellas.

Los labradores, atentos
a su bondad singular,
donde se solían juntar,
tratábanle casamientos
de lo mejor del lugar.

Tal de ellos dijo: «Advertid
que la moza honesta sea,
ni muy linda ni muy fea,

y natural de Madrid,
que es lo que Isidro desea.

»Dadle una mujer prudente,
que su hacienda y vida aumente;
no de mala condición;
que es afrenta del varón
la mujer inobediente.»

Cuál le da sus olivares,
y dice al rudo senado,
que mancebo tan honrado
en tierra de Manzanares
no ha puesto planta ni arado.

Cuál da la hermana o sobrina;
ya es Teodora, ya es Rufina,
Brígida, Teresa y Ana,
Pascuala, Isabel y Juana,

Paula, Antonia, Catalina.

Discurrióse larga pieza,
pero, en fin, el mismo día
cupó a Isidro una María,
María de la Cabeza,
que este título tenía.

Fueron a vistas los dos,
y fué aquello suficiente,
que cada cual se contente;
porque lo que está de Dios,
se ejecuta fácilmente.

Y no quitándole el sueño
el dote grande o pequeño,
el mancebo Isidro un día,
para tomar compañía
pidió licencia a su dueño.

2

Isidro se casa y acomoda su pobre hacienda; los
labradores intentan ponerle mal con su dueño.

De su dueño la licencia
no fué allí dificultosa;
antes la boda gozosa
honró su buena presencia,
galán novio y novia hermosa.

Salió Isidro acompañado,
muy humilde y mesurado,
mirando su Serafin;
y, aunque de pardillo, en fin,
limpio, justo y aseado.

Su jubón blanco de lino,
su capote de dos haldas
con capilla a las espaldas,
que hacía el rostro divino
de rubíes y esmeraldas.

De pañoabierto el gregüesco,
no como agora tudesco
con tan nuevas invenciones,

mas con pliegues y cordones
más acomodado y fresco.

Capa parda, de capilla
redonda, y conforme al trato;
nueva polaina y zapato
delgado para la villa,
no tan durable, y barato.

La camisa presentada,
más que otras veces sencilla;
pequeña la lechuguilla,
pero de asiento colchada,
y a la fe con su vainilla.

Sombrero de falda grande,
sobre quien el cordón ande,
y con borlas negras cuelgue,
que el cuello a veces se huelgue
de que por él se desmande.

Pues la novia yo no sé

cómo pintarla podré,
si no es que como Timantes
la cubra a los circunstantes,
porque la entiendan por fe.

No era de jazmín su frente,
ni eran del sol sus cabellos,
ni estrellas sus ojos bellos,
que otra luz más excelente
puso la vergüenza en ellos.

.....
Era un Fénix de hermosura
y víase el alma pura
por su rostro celestial,
como si por un cristal
se viese alguna pintura.

Sayuelo de grana y saya
de una blanca cotonía
la santa novia traía,
cofia que con pinos gaya
y con blanca argentería.

Manto fino de velarte
puesto en los hombros de arte
que la cabeza descubre,
aunque del cabello cubre
por la espalda la más parte.

.....
De esta suerte humildemente
los dos volvieron casados,
donde los nuevos cuidados
pasaron alegremente
del matrimonio causados.

Benditos del Sacerdote,
sin que el vecino los note,
pusieron su pobre cama,
y las alhajas, que llama
Castilla, ajúar del dote.

Lo que cuelgan advertid
para abrigo y para honor,
cuatro sargas de labor
con la historia de David,
David que era al fin pastor.

.....
Mesa pobre y pobres sillas
sin espalda y de costillas,
su vasar limpio y bizarro,
más seguro, aunque de barro,
que las doradas vajillas.

Este dote, en fin, traía
al buen Isidro María;
y el dote más principal,
que es la virtud paternal
que tales costumbres cría.

A trabajar comenzaron;
él a su labranza vino,
y ella buscó lana y lino,
de que sus manos labraron
blanco lienzo y paño fino.

.....
Los villanos encendidos

.....
comienzan a murmurar
que a Isidro no ven arar
dos surcos en todo el día,
y que a las once venía
de dormir y pasear.

.....
Vuelve a tu perdida hacienda,
Iván de Vargas, los ojos,
porque si esperas despojos,
a quien tu fe le encomienda
te dará por trigo enojos.

3

Bajan los Angeles a los campos del río de Madrid; viene su amo de Isidro a ver cómo trabaja; hállale arando con ellos; conoce el milagro, y que murmuralle fué envidia.

Llegó en fin de Isidro el dueño, que antes que él había venido, aunque en un prado escondido, de su gran pereza y sueño se lamentaba ofendido.

Pero apenas llegó tanto del labrador justo y santo como un tiro de arcabuz, cuando del sol de su luz le detuvo el grande espanto.

Otros yegüeros que araban en la tierra que él compró, con bueyes cándidos vió que al toro estrellado honraban con más luz que el sol les dió.

Y admirado, de improviso tuvo del misterio aviso, viendo su olor celestial, el río vuelto cristal y la tierra paraíso.

Porque haciendo conjetura de la vida y santidad, ejercicios y humildad de Isidro, el pecho asegura de su inocencia y bondad.

.....

Vió que los bueyes andaban entre los surcos ligeros, y que los seis compañeros al lado de Isidro estaban, como el carro y los luceros.

Vió las ricas agujadas de piedras y oro bordadas, y los capotes de estrellas, o porque lo fuesen ellas o por ser imaginadas.

Angeles santos y puros, compañía celestial, ¿quién os dió trabajo tal, que rompáis terrones duros, y que vistáis de sayal?

.....

Cuando ya más cerca vino el caballero turbado, como el hombre que ha mirado por antojo cristalino

todo a hexágonos labrado,

Que cuando se le quitó, uno solamente halló de mil que le figuraban; así de los seis que araban, solamente a Isidro vió.

Pues como sólo se viese en éxtasis divertido, detuvo el paso atrevido, aun no sabiendo si diese fe a la vista o al sentido.

Pero habiéndole cobrado, así le dijo admirado: «¿Donde se fueron tan presto, Isidro, los que en tal puesto acompañaban tu arado?

»Responde, varón de Dios,
por el mismo que te mueve:
¿adónde en tiempo tan breve?,
que yo he visto más de dos,
con bueyes como la nieve.

»¿Por qué mientras al sonido
del agua volví el oído,
de donde le quité luego,
como cometas de fuego
han por el aire corrido?

»¿Adónde soles tan bellos
han hecho, Isidro, su ocaso?
¿Qué nube ha salido al paso,
limpio el cielo, el campo raso?

»¿Dónde está la compañía
que a tu labranza y la mía
nos la pudo hacer tan buena,
que me ha quitado la pena
del enojo que traía?»

Sobre el yugo la aguijada
y la mano en el arado,
por esta causa parado,
la roja frente sudaba,
y el roto sombrero alzado,

Isidro a su dueño mira
y le dice: «¿Qué te admira?,
que aquí solo el Dios que adoro
me da el socorro que imploro
a quien mi oración aspira.

»Y él sabe que fuera del
otra ayuda no he tenido,
ni la quiero, ni la pido,
porque quien espera en él,
siempre es por él socorrido.

»Dios, en mi ayuda entendió;
pobre soy, él me ayudó;
porque quien en mal me puso
quede corrido y confuso,
el socorro apresuró.»

Dijo sin prolija arenga,
y admirado su señor
de que un pobre labrador

un coro angélico tenga
compañero en su labor,

Quisiera a sus pies echarse;
pero por no declararse
por temor o por respeto,
quiso allí tener secreto,
lo que vino a publicarse.

«Siempre--dijo--Isidro amigo,
en el ajeno cercado
está más gordo el ganado;
y más abundante el trigo
en el ajeno sembrado.

«Desde hoy mi hacienda y mi
te doy, Isidro, sin cuenta; [renta
que no dará mal la ajena,
quien la da de sí tan buena,
que el mundo sus gracias cuenta.

»Que no eres tú el perezoso
que por no arar en el frío
mendigaba en el estío,
sino el que más cuidadoso
procuró su bien y el mío.

»Toma desde hoy las llaves
de cuanto entiendes y sabes
que es hacienda y renta mía;
que yo sé bien que te fía
el cielo cosas más graves.

»Cuando a su tiempo recoges
rubio trigo, blancas uvas,
nunca a darme cuenta subas;
por la tuya estén las trojes
y las encerradas cubas.

»Perdona si te ofendí,
y labra mi hacienda así,
que yo sé, siervo de Dios,
la ventura de los dos;
tú por Dios y yo por ti.»

Volvió con esto la rienda
al caballo, y fué saliendo
del valle, al galope hiriendo,
y vuelto a mirar su hacienda,
Isidro quedó diciendo:

«Si me holgué de la ruina
de quien a mí mal se inclina,
ni que el que me busca tenga,
ese ruego que me venga
de vuestra mano divina.»

Ya los ángeles llegaban,
cuando esto Isidro decía,
para hacerle compañía,
y alguna cosa trataban
en que se pasase el día.

4

Vuelve a su casa Isidro; trátase del nacimiento
de su hijo.

Como el que estando en prisión
sus amigos le visitan,
que el pensamiento le quitan
y él no siente su pasión
mientras que con él habitan,

Pero en partiéndose de él,
vuelve a su pena cruel:
no de otra suerte dejaron
a Isidro, cuando faltaron
los seis que araban con él.

Él entonces, recogiendo
las alforjas y comida,
apercibió su partida
del santo lugar, partiendo
como el alma de la vida.

.....
Llegó a su casa contento,
donde esperaba María,
no desdeñosa y baldía,
sino alegre el rostro, atento
a ver si Isidro venía.

Dióle en viéndole los brazos,
y aliviando de embarazos,
la pobre cena apercibe,
rica en casa que Dios vive,
y más con tales abrazos.

Sonaba la olla al fuego
con la hortaliza y la vaca,
y mientras ella la saca,

Isidro a los bueyes luego
ata el sustento a una estaca.

Como amigo y jornalero
pace el animal el yero
primero que su señor;
que en casa del labrador,
quien sirve come primero.

.....
Salió, en fin, la pobre cena
de aquel rico labrador,
sabrosa por el sudor,
falta de regalo, y llena
de conformidad y amor.

.....
Cena, en fin, Isidro ufano,
y regala a su María
de la pobreza que había,
que el amor es cortesano
y virtud la cortesía.

Ya, pues, que la hambre cesa,
viene el postre y la camuesa,
el rancio queso o membrillo,
y en un limpio canastillo
se levanta, en fin, la mesa.

No se van a descansar
sin dar gracias del sustento,
que del ordinario aumento
se las comienzan a dar
los dos con igual contento.

Así que Isidro y su esposa,
en casa pobre y gozosa,
y un niño tierno y hermoso,
de Jesús, María y su esposo,
eran una estampa hermosa.

Hubo fiesta en su bautismo,
fuentes de oro y mazapán;
anduvo Isidro galán,
fué padrino el dueño mismo,
y, como él, se llamó Iván.

Dióse a costa del padrino,
la colación que convino
para que de punta suba;
y decentóse una cuba
de antiguo oloroso vino.

Buena ofrenda al cura dieron;
buen capillo al sacristán,
y a los mozos vino y pan,
y los muchachos hicieron
pedazos el mazapán.

5

Iván de Vargas envía a Isidro al molino, donde
crece la harina del trigo que dió a las aves: llega
tarde a comer a la cofradía, donde por milagro so-
bra comida para los pobres.

Era la sazón más fría
y en que más el Austro suena,
de más agua y lluvia llena,
y que el labrador querría
ver más tranquila y serena.

De su nieve densa y fría
Guadarrama se cubría,
y el río, su curso eterno,
forzado del hielo interno,
a su pesar detenía.

Los vallados y los hoyos,
en las viñas igualados,
de nieve estaban cuajados,
pareciendo los arroyos
lazos de plata en los prados.

Ya se juntaban en corros,
ovejas, perros, cachorros,
buscando defensas hartas,
el rico en ropas de martas,
y el pobre en toscos aforros.

Pues cuando todo está en cal-
siendo lagunas las eras, [ma,
carámbanos las riberas
y el que navega, despalma
en el puerto las galeras.

Mandó a nuestro Isidro, Iván,
que a los molinos que están
cerca de su tierra, lleve
un costal de trigo, en breve,
por falta de harina y pan.

Isidro, con el cuidado,
aunque era la noche fría,
deja su hermosa María,
deja su cama, avisado
del anunciador del día.

.....

La tiniebla que le ofusca
va tentando como ciego;
llega al frío hogar, y luego,

entre la ceniza busca
si aún hay reliquias de fuego.

En fin, un tizón halló,
y algunas pajas juntó
sobre el extremo quemado;
y el rostro de viento hinchado,
soplando resplandeció.

Enciende Isidro, y de presto
huye la sombra y se extiende;
él con la mano defiende
la luz que afirma en el puesto
donde vestirse pretende.

Cúbrese un capote viejo,
sin cuidado y sin espejo;
y anda a vueltas la oración,
que orar en toda ocasión
es del Apóstol consejo.

Pasa de un blanco cestillo
al alforja el pan y el puerro;
relincha la yegua en cerro,
rozna el rudo jumentillo,
canta el gallo y ladra el perro.

Ya en el corral bala el manso,
deja el pastor el descanso
que ha dado envidia a algún rey,
gruñe el lechón, muge el buey,
bate las alas el ganso.

Ya Isidro al jumento aplaca
la sed, y él se ensancha e hincha;
ya le apareja y le cincha,
y ya de ver que le saca,
la yegua sola relincha.

Cárgale, y la boca abierta
de la pereza, despierta,
y luego al campo le guía,
saliendo a cerrar María,
o a velle desde la puerta.

.....

Salió, en fin, con este frío,
que nunca por ver helar
Isidro dejó de arar,

por no tener en estío
que pedir y mendigar.

Topó algunos labradores,
y de la villa al molino
con ellos hablando vino,
dorando los resplandores
de la nieve el sol vecino.

Vió un árbol—las ramas flojas
de los que alrado despojas,
Cierzo, que aun el tronco arran-
llo de palomas blancas [cas—,
en vez de las verdes hojas.

Y como la tierra vía,
aunque madre, tan avara,
que las negaba la cara,
—cubierta de nieve fría—,
que a todo animal ampara:

Con aquel su ardiente celo
apartó la nieve y hielo,
y allí el costal desató,
y trigo al tiempo llovió
que llovía escarcha el cielo.

Las palomas con placer
a que otro ninguno iguala,
viendo la mesa, y no mala,
descendieron a comer,
sin huir del maestresala.

Viendo Isidro su porfía,
el costal iba y venía,
diciendo: «A los dos nos toca;
abrid vos, costal, la boca,
pues que yo cierro la mía.»

Ellas dando en los baratos
montones de trigo espesos,
iban con picos traviesos
a mordelle los zapatos:
yo sospecho que eran besos.

El, que tan contento estaba,
las hablaba y consolaba
de aquella nieve importuna,
y por no pisar alguna,
los santos pies desviaba.

Bendicen las aves mudas
a Dios, y sobre una cuesta,
el que miraba la fiesta,
quiso decir como Judas:
«¿Qué perdición es aquesta?»

Y, en fin, dijo: «¿Qué locura
vence, Isidro, tu cordura?
¡Ay de la hacienda de Iván!
¿Y estas aves que aquí están
eran pobres por ventura?»

Responde Isidro contento,
que en su caridad repara:
«¿No sabes tú quién prepara
a las aves el sustento
cuando a Dios vuelven la cara?»

.....
Dijo, y llegando al molino
tan lleno el costal halló,
y más que cuando le ató;
que por milagro divino
creció el trigo que faltó.

Y de manera crecía
la harina que dél molía,
que el otro que se burlaba
a cogerla le ayudaba,
porque solo no podía.

Crecióla el mismo sin duda
que creció en aquellos días,
hasta las aguas tardías,
la harina de la viuda
que dió de comer a Elías.

Era de nuestra Señora
cofrade Isidro, y hacía
cabildo la cofradía,
como lo vemos ahora,
en que en efecto comía.

.....
Tardóse Isidro rezando
que era sustento perfecto,
y aunque le tenían respeto,
vulgo a comer esperando,
es por extremo inquieto.

Comieron, pero su parte
guarda a Isidro el que reparte,
que cuando al portal llegó,
con mil figuras le halló
por una y por otra parte.

No eran Césares romanos
en las basas y columnas,
sino pobres en ayunas
que extienden voces y manos
a las del rico importunas.

Los cofrades que ya habían
comido, y que a Isidro vían
hecho un oso con la enjambre
de necesidad y hambre,
sin ella así le decían:

«¿Dónde bueno, Isidro herma-
traéis toda esta legión [no,
de pobreza y perdición?
Para no venir temprano,
muchos convidados son.»

Isidro, por no ofendellos,
respóndeles mesurado:
»Dios es el que lo ha sacado;
Dios se disfrazó, que en ellos
ya viene Dios disfrazado.»

Dijo; y todos convencidos
de verse reprehendidos
y enseñados de un villano,
pasaron luego a la mano
lo que entró por los oídos.

Fueron a ver la comida,
que hallaron tan aumentada,
siendo una ración tasada,
que era apenas recogida
y vino a quedar sobrada.

El milagro celebraron,
puesto que entonces callaron,
por no enojar su humildad,
y a la mesa en cantidad
pan, carne y vino llevaron.

Isidro, sentado en medio
de aquella pobreza rica,

a todos su parte aplica,
y, aunque agradece el remedio,
de humilde no le publica.

Los pobres comen aprisa,
con igual contento y guisa,
como en mesa de su padre,
donde, en efecto, su madre
la caridad se lo guisa.

Cuál quiere de pan henchir
la escudilla y caldo grueso,
de col y cebolla espeso,
como el cuevo el albañir
con los puñados de yeso.

Cuál, que del sustento duda,
de entrambas manos se ayuda;
cuál, si una costilla toca,
pasándola por la boca,
la carne al hueso desnuda.

Cuál el de pierna repasa
y por medio le quebranta;
y la médula con tanta
furia al estómago pasa,
que no toca en la garganta.

Cuál que a enojo le provoca

el vecino que le toca
al plato, de rato en rato,
la izquierda tiene en el plato
y la derecha en la boca.

Cuál hasta los huesos quiebra,
cuál de ellos también se paga,
sin que los rompa y deshaga,
como si fuese culebra
cuando los gazapos traga.

Cuál hace la ortera balsa;
cuál viejo con risa falsa
murmura al mozo que engulle;
hablan, comen, brindan, bulle
de San Bernardo la salsa.

Cuál esconde mesurado
el pan en la manga rota;
cuál, bebiendo, el jarro agota,
sonando como el ganado
cuando le echan la bellota.

Los perros de fuera asoman,
ya de lo que arrojan toman;
y en medio de este rumor,
Isidro, como el pastor,
se alegra de ver que coman.

6

El Santo Isidro muere, y acompañado de Angeles sube al cielo.

Isidro, pues, cuya vida,
fué loada de tal suerte,
aunque más lo fué su muerte,
ya dispuesto a la partida,
su hijo y su esposa advierte.

Hecho testamento breve,
porque no tiene, ni debe,
de muebles pobres y viejos,
ricos y nuevos consejos,
más larga plática mueve.

Ya, pues, al punto postrero,
despídese de su esposa
Isidro con voz piadosa,

y, abrazándola primero,
duerme en Dios y en Dios repo-

Quedó su rostro divino [sa.
hermoso y resplandeciente;
que el sol, cuando va a Occiden-
traspónese en el camino, [te.
y en otros parece Oriente.

El alma, pues, del beato
Isidro, que en Dios murió,
al cielo empireo subió,
con el triunfo y aparato
que su custodio ordenó.

XI

SAN ISIDRO LABRADOR DE MADRID. COMEDIA DE LOPE



ALIÓ a la luz pública en 1617, y como en el poema anterior, desarrolla en ella Lope la vida del patrono de Madrid, dramatizando sus episodios principales (1). De esta comedia forma Ticknor un juicio bastante atinado: «Esta composición, dice, tiene toda la riqueza y variedad de acción y de carácter propias del drama español profano. Hay en ella escenas de gran interés, entre guerreros recién llegados a Madrid de una incursión feliz en tierra de moros; otras de mucho regocijo y alegría, con danzas y cantares rústicos, para festejar el matrimonio de San Isidro y el nacimiento de su hijo; y las hay también propias de una farsa grotesca, como la del

(1) *El Fénix de España Lope de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio. Séptima parte de sus comedias con loas, entremeses, bayles*. Año 1617. Madrid, por la viuda de Alonso Martín, folio 263. —La comedia está reproducida en las *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la *Real Academia Española*, tomo IV, Madrid, 1894.

sacristán que se queja de que con el poder que Isidro tiene en el cielo, no gana nada en los entierros, pues nadie se muere, y el Santo parece haber vencido y desterrado a la muerte. Pero en medio de esta variedad predomina el carácter amable y devoto del Santo, que da una especie de unidad y fuerza poética al conjunto. Los ángeles bajan a arar por él, para que no se le acuse de abandonar sus labores por oír misa: al toque de su aijada brota una fuente de agua purísima (hoy mismo contemplada con reverencia), que en medio de un cálido desierto apaga la sed de su injusto señor. Cantos y poesías populares, como el muy animado romance que principia

Al villano se le dan
la cebolla con el pan,

una parodia del viejo romance fronterizo

Río verde, río verde,
más negro vas que la tinta,
de sangre de los cristianos
que no de la romería...

alusiones a la sagrada imagen de la Almudena y a la iglesia de San Andrés, prestan animación al diálogo: pinturas todas familiares y domésticas para el vecindario de Madrid, y cuya representación hería cuerdas que a la sazón vibraban aún en todos los corazones...» (1).

(1) *Historia de la literatura española*, t. II, págs. 366-369.

A esto añade Menéndez y Pelayo. «Las dos comedias de *La Niñez* y *La Juventud de San Isidro*, compuestas en 1622, me parecen por todo extremo inferiores a la primera en gracia y frescura, aunque mejor comentadas y escritas con más esmero y aun con alarde de versificación y estilo, especialmente en las bellas octavas narrativas, que abundan mucho. Fueron obras de circunstancias y se resienten de su origen. Prefiero con mucho el brío, la espontaneidad, la candorosa sencillez de la comedia primitiva, cuyas deliciosas escenas villanescas son de lo mejor entre lo mucho bueno que Lope hizo en su género.»

No se puede negar que hay versos deliciosos. Véanse algunos de ellos. Al tratar Isidro de casarse con María de la Cabeza, habla con Juan, padre de María, el cual cuenta a Isidro el dote que va a dar a su hija, de esta suerte:

JUAN.

Entre ellos hay un escudo
que treinta años he guardado,
tan bueno, limpio y dorado
como cuando hacerse pudo

Porque desde que cayó
en mis manos, lo guardé
para esta ocasión, no sé
si lo gastarás o no.

Pero si aquella sin ley
a gastalle te obligare,
haz, por tu vida, que pare
en comprar un gentil buey.

Sin esto te pienso dar
dos colchones y un jergón,
y advierte que nuevos son,
que no te quiero engañar.
No ha diez años que se hicieron,
ni seis veces se han lavado;
seis sábanas de delgado
lienzo que en dote me dieron.

Cuatro almohadas y un banco,
una silla de costillas,
trébedes, sartén, parrillas
y un paño de manos blanco.

No ha mucho que estaba entero
y en toda su perfección;

mal le dé Dios al ratón
que le hizo un agujero.

Dos sargas de linda mano;
la una tiene a David
y el gigante que en la lid
tendió sobre el verde llano.

Ella está a medio traer
porque era el lienzo algo flojo;
fáltale al gigante un ojo,
pero no se echa de ver.

La otra tiene pintado
el prodigio, que dirás
que viendo en la artesa estás
los lechones y el salvado.

Están con ojos extraños
mirando el prodigio esquivos,
y tan gordos, que a estar vivos

tuvieras para dos años.

Sin otras cosas así,
que por menudencias deajo,
te daré peine y espejo;
y por no cansarte aquí,
no te digo los vestidos
y camisas de tu esposa;
tus camisones es cosa,
que revientan de polidos.

Ella lleva allá también
su arca grande donde puso
aspa, lino, rueca y huso,
que sabe gastar muy bien.

Para después de mis días
una viña, un pegujar
y algo más hay que te dar
sin tres cabras con sus crías.

Preciosísimo es también el romance a que antes
hemos aludido, que dice:

Al villano se le dan
la cebolla con el pan,
para que el tosco villano,
cuando quiera alborear
salga con su par de bueyes
y su arado ¡otro que tal!
Le dan pan, le dan cebolla
y vino también le dan.
Ya camina, ya se acerca,
ya llega, ya empieza a arar;
los surcos lleva derechos
¡qué buena la tierra está!
—Por acá—dice al *Manchado*,
y al *Tostado*.—Por allá,
Arada tiene la tierra:
el villano va a sembrar;
saca el trigo de la alforja,
la falda llenando va.

¡Oh, qué bien arroja el trigo!
¡Dios se lo deje gozar!
Las aves le están mirando,
que se vaya aguardarán;
junto a las hazas del trigo
no está bien el palomar.
Famosamente ha crecido;
ya se le acerca San Juan;
segarlo quiere el villano;
la hoz apercibe ya;
¡qué de manadas derriba!
¡qué buena prisa se da!
Quien bien ata, bien desata;
¡oh, qué bien atados van!
Llevándolas va a las eras;
¡qué gentil parva tendrá!
Ya se aperciben los trillos;
ya quiere también trillar.

(Pónganse juntos y bailen con los pies, haciendo que trillan.)

¡Oh, qué contentos caminan!,
pero mucho sol les da;
la mano en la frente ponen,
los pies en el trillo van.
¡Oh, qué gran sed les ha dado!
¿Quién duda que beberán?
Ya beben, ya se recrean;
brindis, ¡qué caliente está!
Aventar quieren el trigo;
ya comienzan a aventar.
¡Oh, qué buen aire les hace!
Volando las pajas van;
extremado queda el trigo,
vese limpio y candeal;

a Fernando, que Dios guarde,
se pudiera hacer el pan.
Ya lo llevan al molino;
ya el trigo en la tolva está;
las ruedas andan las piedras;
furiosa está la canal.
Ya van haciendo la harina,
que presto la cernerán.
¡Oh, qué bien cerne el villano!
El horno caliente está.
¡Qué bien masa! ¡Qué bien hiñe!
Ya pone en la tabla el pan;
ya lo cuece; ya lo saca;
ya lo quiere presentar.

XII

JUSTA POÉTICA CON MOTIVO DE LA BEATIFICACIÓN DE ISIDRO



Uno de los números más hermosos de las fiestas que se celebraron con motivo de la beatificación de Isidro fué el certamen literario para premiar las mejores poesías escritas sobre temas referentes al insigne Labrador. Secretario de él fué el madrileño Lope de Vega, que recogió las principales composiciones presentadas, en un libro titulado: *Justa poética y alabanzas justas que hizo la insigne Villa de Madrid al bienaventurado San Isidro en las fiestas de su Beatificación, recopiladas por Lope de Vega Carpio, dirigidas a la misma insigne Villa*. A continuación sigue en la portada un grabado de San Isidro con la leyenda alrededor.

«Labré, cultivé, cogí
Tierras, virtudes y cielo
Con piedad, con fe, con celo,
San Isidro de Madrid.»

«Año 1620, con privilegio. En Madrid, por la viuda de Alonso Martínez. Véndese en la calle de Santiago, en casa de Alonso Pérez, mercader de libros.»

Los poetas que acudieron al llamamiento fueron tantos que el mismo Lope dice:

Tres baúles de a dos varas,
Un cofre, dos arcas viejas,
Que se llenaron de coplas
Me jura Francisco Testa.

Este Francisco Testa era escribano mayor de número del Ayuntamiento de la Villa, que estuvo encargado de recoger los papeles. Entre los nombres de los concurrentes sobresalen el de Lope de Vega, Guillén de Castro, Juan de Jaúregui, Calderón, el Maestro Vicente Espinel y el Maestro Burguillos. De los versos de este último, dice el mismo Lope, «que debieron ser supuestos, porque él no pareció en la justa, y todo lo que escribe es ridículo, que hizo sazoadísima la fiesta, y como no pareció para premiarle, fué general opinión que fué persona introducida del mismo Lope.» No cabe, pues, duda en la identificación.

La justa tuvo lugar en la Iglesia de San Andrés, y Sebastián Francisco de Medrano la describe de este modo. «La Iglesia parroquial de San Andrés desta villa, estaba adornada de las más ricas tapi-

cerías que Su Majestad tiene. El altar mayor y colaterales con un terno de plata blanca escarchada, que con todas las demás partes habían ofrecido los mercaderes. En el medio de la capilla mayor estaba sobre el mismo plaustro, en que fué llevado en la solemne procesión del día de su Beatificación, el cuerpo Santo de nuestro Patrón y Labrador glorioso, en un arca de plata, obra y ofrenda de los plateados desta Corte... No lejos de la puerta de los pies y cerca del lugar dichoso en que estuvo San Isidro enterrado..., estaba fabricado un teatro, que abrazaba los dos lienzos del templo, cubierto de alfombras de seda, ricas sillas y doseles para los jueces, con su mesa delante, que, a modo de tribunal, vestía un brocado. Al lado izquierdo, en un terciopelo carmesí, bordadas de tela de oro las márgenes, pendían los premios en listones de nácar, que, como eran tan ricos, varios y vistosos, parecían bien a todos; daban codicia a los que habían justado y envidia a los que no habían escrito. La silla y mesa del que había de leer el Certamen estaba enfrente de los jueces, con sobremesa bordada y todo aderezo de escribir de plata. El concurso de Señores, de religiosos, de letrados, de humanistas, de damas y de vulgo hacían tan agradable vista como suele un jardín con la variedad de sus flores (en) la primavera. Tocó un rato la música de las chirimías y sentóse Lope de Vega en el sitio referido..., y

cuando vió que todos callaban y prestaban oído atento, comenzó diciendo, que a la puerta le habían dado unas cédulas, que así como iba leyendo iba rasgando; pero lo mejor que yo pude, las encomendé a la memoria, que poco más o menos, eran así:

Primera cédula.—Los poetas del Hospital General son muchos, y pasan extrema necesidad: V. R. los encomiende por la parte que le toca; pedirán para ellos dos poetas jubilados, y aun se quedarán con ello.

A un poeta mental se le ha secado la mano de comerse las uñas, está con mucha necesidad. El pedirá para sí, como lo hacen todos, por mover a mayor caridad.»

De este tenor son las siguientes. A continuación se copian las composiciones, algunas de las cuales no abundan ciertamente en rasgos poéticos. Las mejores son las que glosan la siguiente estrofa:

A ninguno Isidro el cielo
Premió por arar tan bien,
Porque fuistes sólo quien
Aró con el cielo el suelo.

Las más celebradas de todas, por su gracejo, genuinamente madrileño, fueron las del Maestro Burguillos, que, como dijimos, es seudónimo del propio Lope de Vega. El premio del segundo Certamen sería para el soneto que, comenzando con este ver-

so, «Los campos de Madrid Isidro Santo», y acabando con éste: «Sembrando aquí sus lágrimas el fruto», pintase mejor que, mientras el Santo estaba en oración, los ángeles le araban la tierra. He aquí el «Soneto del Maestro Burguillos, natural de Navala-gamella, entre dos glosas, como torrezno entre dos rabanadas»:

Los campos de Madrid, Isidro Santo,
En vuestra pura edad estaban solos,
Jugaban los vecinos a los bolos
En su arenosa margen el disanto.
Pero después que los honrastes tanto,
Parecen con Felipe y sus fillolos,
No campos ya de flor, de estrellas polos,
A Aranjuez envidia, al Pardo'espanto.
Otros, Isidro, sin arar el suelo,
Le secan y le roban el tributo,
Que coge el diablo en forma de mochuelo.
Pero nunca de vos el campo enjuto
Cogieron vuestros ojos en el cielo,
Sembrando aquí sus lágrimas el fruto.
Mas yo que soy astuto
Sálgome de la glosa,
Que no soy yo doncella escandalosa
Para encerrarme tanto, ni tan poco;
Ni soy, aunque poeta soy, tan loco,
Que ande, pues no fué de algún efeto,
Con este par de grillos mi soneto.

El mismo desenfado satírico aparece en estas

redondillas del propio Maestro Burguillos, dedicadas a Madrid, y que parecen escritas hoy día:

Solana donde me rasco
al sol de vanos favores,
vistoso campo de flores,
aunque todas de carrasco.

Famoso ombligo de España
a cuya circunferencia,
la celestial influencia
con tanta dicha acompaña.

.....
Lugar de incierta esperanza,
teatro donde importuna
representa la fortuna,
y la escucha la mudanza.

Casa de pocas verdades
y dificultosas pruebas,
correo de todas nuevas
y de locas novedades.

Sastre de ricos vestidos
por quien algunas mujeres
dan pesares y placeres
a ofensores y a ofendidos.

Lugar de tantos cuidados
que se dan y se reciben,
lugar donde tantos viven
envidiosos y envidiados.

.....
Lugar donde tanta gente
vive de pedir prestado,
donde sólo es desdichado
el que no juega ni miente.

.....
Lugar que de varias suertes
parece tela de araña,
que pesca moscas sin caña,
y deja animales fuertes.

Lugar de varios efetos
y locas estimaciones,
donde se visten bufones,
y se desnudan discretos.

Lugar de amor y temor
liberal y miserable,
donde con oro potable
se restituye el favor.

.....
Luz que la vela retrata
parecéis en vuestras cosas,
que castiga mariposas,
y perdona a quien las mata.

.....
Pero estáis tan inhumana
para el comer y el vestir,
que ya os pueden escribir
muy *cara* y amada hermana.

Y aunque para ser eternas
agua en conductos traéis,
por más fuentes que labréis,
más tenéis en las tabernas.

.....
Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien hacéis en hacer prados,
pues hay bien para qué sean.

Con damos, damas y dueñas
vuestra gran calle Mayor
es una selva de amor,
que llaman Indias pequeñas.

Della os diré maravillas;
oíd si os fiáis de mí;
pero perdonad, que aquí
se acaban las redondillas.

Después de haber leído estas estrofas, acogidas

en el público con singular agrado, por pintarle tan al vivo lo que todos estaban viendo a diario, prosiguió la *Glosa de burlas* a esta bonita estrofa:

¿Es bien, Isidro, que holgando
estéis en el campo vos,
y los Angeles de Dios
estén por vos trabajando?

«Con la glosa del Maestro Burguillos dió fin Lope de Vega a los versos que había leído con limpia pronunciación, alta voz y acción grave; la música ayudó al aplauso, y dió lugar a que los oyentes confiriesen con diversos votos sus juicios.» Aun habló largo rato Lope de Vega, en verso, para celebrar la fiesta y dar gracias a los poetas; se adjudicaron los premios y terminó la justa.

XIII

«LA NIÑEZ Y LA JUVENTUD DE SAN ISIDRO», POR LOPE
DE VEGA.—OTRA COMEDIA ATRIBUÍDA AL MISMO.—
«EL LUCERO DE MADRID», DE ANTONIO DE ZAMORA



AL ser canonizado San Isidro en 1622 volvió el gran Lope de Vega a empuñar la pluma y cantar sus alabanzas. Con ese fin compuso dos comedias, en las que desarrolla el tema de la niñez y el de la juventud del sencillo Labrador. Las publicó juntamente con la justa poética que se celebró el día después de la octava en la *«Relación oficial de las fiestas que la insigne Villa de Madrid hizo en la canonización de su Bienaventurado hijo y Patrón, San Isidro, con las comedias que se representaron y los versos que en la Justa Poética se escribieron, dirigida a la misma Insigne Villa, por Lope de Vega Carpio. En Madrid. Por la Viuda de Alonso Martín. Año de 1622»*.

Es de notar que la Villa había encomendado a su insigne poeta escribiera la relación oficial de los

festejos que en aquella ocasión se celebraron. Entre otras cosas, dice que hubo carros móviles, donde se representaron las dos comedias de la *Niñez y Juventud de San Isidro*. Representáronlas, con rico adorno, Vallejo y Avendaño. Ya de víspera fueron a Palacio en alarde con música de trompetas y chirimías, todas las danzas que la Villa tenía prevenidas y los carros referidos, y durante los ocho días pudieron los madrileños gustar estas dos piezas teatrales, que se iban exhibiendo por las plazas públicas.

La trama es casi nula y la narración a veces lánguida; con todo, hay en ellas ideas delicadas y versos hermosísimos, entre los que sacamos estos:

La niñez de San Isidro.

Acto 2.º—Isidro habla así sobre el saber humano.

Señor, enseñad mi fe,
sed vos el maestro mío,
enseñadme sólo vos,
porque solamente en vos
lo que he de saber confío.

Oigo decir que hay letrados,
letrados debe de haber;
que en el humano saber
deben de estar enseñados.

Pero en el saber divino,
¿cómo pueden estar diestros,
si a los mejores maestros
no les decís el camino?

Yo sólo quiero leer
en vuestro Christus, mi Dios,
porque solamente en vos
el alma puede aprender.

Dice el maestro, Señor,
que con sangre entra la letra,
pues, ¿qué sangre más penetra
que la que vierte ese amor?

Agora que soy papel
blanco, imprimid[me] de suerte,
que a leer un libro acierte
que está todo Dios en él.

En una ocasión va Isidro a llevar la comida a su padre y a los zagales; mientras comen, se queda solo junto al río Manzanares y prorrumpe en estas preciosas estrofas:

¡Oh, qué de cosas, Dios mío!
El libro del campo abierto
muestra con tanto concierto
en la orilla de este río,

Para contemplar en vos;
pues que la flor más pequeña
me está diciendo y me enseña
que sois Dios.

Estos verdes altos muros,
formados de ramas tantas,
los árboles que las plantas
bañan en cristales puros;

Las aves de dos en dos,
por esos aires volando,
van con dulce voz cantando
que sois Dios.

Las flores que nos deleitan
tornasolando los prados,
blancos y rojos ganados
que la verde yerba afeitan;

Estos trigos, a quien vos
dais la lluvia celestial,
dicen con aplauso igual
que sois Dios.

Al terminar Isidro estos versos, impregnados de devoción y poesía, se le acerca Jesús, vestido de pastor, y se cruza entre ambos un profundo y regaladísimo diálogo, que omitimos por no alargar indefinidamente las citas. Acabado el diálogo, desaparece Jesús y queda Isidro como arrobado; vuelto en sí, se une con su padre y los zagales, y todos juntos acuden a postrarse de hinojos ante la Virgen de Atocha, patrona de Madrid, con lo que se pone fin a la comedia.

La juventud de San Isidro.

El argumento es sencillísimo. Crece Isidro en medio de labradores. Se casa con María de la Cabeza y llevan ambos una vida Santa, turbada un momento sólo por la calumnia, que sirve para acrisolar más su mutuo amor y santidad. Podríamos escoger bastantes versos hermosos; pero, por no hacernos interminables, nos ceñiremos a citar los siguientes, en que Isidro canta las alabanzas del Señor, al contemplar en el campo sus criaturas:

Arboles plantas y flores,
que eternamente alabáis
a vuestro Criador, y estáis
agradeciendo favores;
aves, que cantáis amores,
serafines deste suelo,
pues cantáis al Rey del cielo,
enseñadme, que no sé,
sus alabanzas, y haré
lengua de mi limpio celo.

Aguas puras que corriendo
vais a los mayores ríos,
enseñad los ojos míos
para que os vayan siguiendo,
que bien sé que vais diciendo
alabanzas inmortales
al Rey de los celestiales
coros, que imitar queréis,
porque en el cielo tenéis
vuestros primeros cristales.

Alaben el Señor mío
los campos vertiendo flores,
frutas las plantas mayores,
peces el ameno río,
rojos trigos el estío,

verdes el nevado invierno:
todo alabe su gobierno,
su hermosura, su grandeza,
y Isidro con su rudeza
alabe su nombre eterno.

Ayudadme, dulces aves;
abrid los cogollos, flores,
y de esas varias colores
formaréis lenguas suaves,
que las retóricas graves
son para Dios ignorancias,
porque en tan altas distancias
de hombre a Dios los corazones
hallan en puras razones
las mayores elegancias.

¡Ay, Dios, quién os alabara
con tan puro corazón,
que el vuestro en esta ocasión
dulcemente penetrara!
¡Y quién, Señor, os amara
de suerte, que todo el pecho
tuviera en fuego deshecho,
porque dice el corazón,
que para vuestra afición
le viniera el mundo estrecho.

En el manuscrito 14.767 de la Biblioteca Nacional de Madrid se lee una pieza, cuyo título suena: *Comedia de San Isidro Labrador de Madrid y victoria de las Navas de Tolosa por el Rey Don Alfonso*, compuesta por Lope de Vega. Está dividida en tres jornadas, cada una de un solo acto. Hay en ella profusión de personajes y tramoyas. Se recorre toda la vida del Santo con mil incidentes diversos. La tercera jornada está exclusivamente consagrada a la leyenda de la aparición de Isidro en forma de pastor al Rey Don Alfonso VIII en la famosa batalla de las Navas.

Ni por su estructura, ni por sus pensamientos, ni por su versificación la creemos de Lope de Vega. Hay sobre todo un argumento que abona nuestra opinión; y es que el autor da a la mujer de Isidro el nombre de Toribia. Ahora bien; tanto en el Poema Castellano, como en las tres comedias antes examinadas, llama Lope a la esposa del labrador madrileño María de la Cabeza, que es su nombre tradicional. No merece recuerdo mayor esta desmazalada comedia, aunque demuestre en el supuesto Lope su buena intención y el deseo de honrar al Santo.

Con el título *El lucero de Madrid San Isidro Labrador* (1), compuso D. Antonio de Zamora una

(1) *Comedias* de DON ANTONIO DE ZAMORA, Gentil-Hombre que fué de la casa de su Majestad, y Su oficial de la Secretaria de In-

comedia, del corte de las de Lope, cuya trama es la vida del Patrono de la Villa. No llega en su arte y frescura a las del gran dramaturgo, pero tiene escenas animadas e interesantes, y versos fáciles y de alguna viveza. Por no hacer pesada esta narración, no queremos citar ninguna estrofa.

Baste lo expuesto para hacer ver la grandeza de Isidro en medio de su sencillez y la simpatía y devoción que en todo tiempo le ha profesado, no sólo Madrid, sino España entera. En él hallamos la imagen viva del genuino labrador de nuestros campos; siempre honrado, siempre fiel, y, ante todo, macizo y buen cristiano.

dias, Parte de Nueva España, dedicadas a su autor. Tomo segundo.—En Madrid: Por Joaquín Sánchez. Año de 1744, fols. 208-266. Existe también esta comedia manuscrita en la Biblioteca Nacional, 15.545.

INDICE

SAN ISIDRO LABRADOR EN LA HISTORIA Y EN LA LITERATURA

	Páginas.
I.—Su vida.....	3
II.—La incorrupción de su cuerpo.....	23
III.—Primitivos sepulcros y antiguas pintu- ras del Santo... ..	31
IV.—La capilla de San Isidro en Madrid ...	42
V.—Traslación del cuerpo a la iglesia del Colegio Imperial.....	61
VI.—Otros recuerdos del Santo en Madrid. La ermita allende el Manzanares...	67
VII.—Las arcas sepulcrales de San Isidro...	71
VIII.—La devoción del pueblo de Madrid a San Isidro.....	83
IX.—Beatificación y canonización de Isidro, y fiestas que con este motivo se hicie- ron en Madrid.....	95
X.—«El Isidro.» Poema castellano de Lope de Vega.	114
XI.—San Isidro Labrador de Madrid. Come- dia de Lope.....	126
XII.—Justa poética con motivo de la beati- ficación de Isidro.....	131
XIII.—«La niñez y la juventud de San Isidro», por Lope de Vega.....	138

LÁMINAS:

Detalle del arca antigua	10-11
Templete de la Capilla.....	50-51
El Arca antigua	72-73
El Arca de los plateros de Madrid.	80-81

In compliance with Section 108 of the
Copyright Revision Act of 1976,
The Ohio State University Libraries
has produced this facsimile on permanent/durable
paper to replace the deteriorated original volume
owned by the Libraries. Facsimile created by
Acme Bookbinding, Charlestown, MA



2003

The paper used in this publication meets the
minimum requirements of the
American National Standard for Information
Sciences - Permanence for Printed Library
Materials,
ANSI Z39.48-1992.



